

SELVA CRUEL

J. Dixon



**Mientras él luchaba, alguien
le robó la mujer amada**



J. DIXON

SELVA CRUEL

1.ª EDICIÓN

ABRIL - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**OBRA DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

**68 — Remitente, Los Angeles. — 238 — Un ca-
dáver en el agua.**

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

SELVA CRUEL

Por H. DIXON



CAPÍTULO I

SOMBRAS EXTRAÑAS

El fugitivo se detuvo entre los matorrales, para contemplar el poblado que se alzaba junto al río. Por un momento, sintió un profundo alivio al contemplar los edificios de madera con sus techos de paja y las amplias cercas donde se encerraban las fieras.

En torno a ellos, se extendía la selva, tupida y absorbente. El sol brillaba sobre el poblado, extendiendo sus cálidos rayos que aturdíen los sentidos. El fugitivo se tendió en el suelo. Estaba hambriento y fatigado. Pero bajo su reluciente piel negra se extendían los músculos duros y potentes. En su semblante de facciones achatadas brillaban la astucia y la decisión.

Vio a otros negros que trabajaban en el poblado y que iban de un lado para otro, atendiendo a las bestias encerradas en los enormes corrales. Algunas mujeres altas y bellas como estatuas de ébano ayudaban a sus hombres. Entre ellos, el fugitivo distinguió a un hombre que lucía ropas de cazador. Su piel era un tanto oscura. Sonrió, al decirse que se trataba del mulato Fiorello.

Esperó pacientemente, dominando el hambre y la fatiga. En el cinto con el que se sujetaba el taparrabos que lucía en torno al cuerpo ostentaba un cuchillo. A su lado, se veía una lanza con la punta endurecida a fuego.

Esperó a que anocheciese. No le convenía que le vieran los habitantes del poblado. Cuando anocheciera, se acercaría a visitar a Fiorsen.

El fugitivo permaneció inmóvil pegado a la tierra, oculto entre

los arbustos. No tenía prisa. Se mantenía tendido en el suelo, como una alimaña al acecho. Su mano descansaba sobre la lanza, dispuesto a defenderse si alguien le descubría. Siguió allí, horas y más horas.

Al fin, el sol fue descendiendo lentamente en el horizonte. El poblado buscó el descanso después de aquel arduo y fatigoso día.

En el interior de la mayor de las chozas se encontraban dos hombres. Uno de ellos era el mulato Fiorello. Alto, de anchas espaldas, conservaba rasgos de su padre italiano. Se advertía al instante que su madre pertenecía a la raza somalí. Vestía como los cazadores blancos y en su expresión había algo amenazador.

Sentado a la misma mesa, bebiendo *whisky* se encontraba otro cazador, de proporciones gigantescas. La chaqueta abierta dejaba ver su cuello de toro y las mangas arremangadas descubrían sus brazos de cíclope. Sobre la piel rojiza resaltaban sus pupilas azules y sus cabellos rubios. Iba afeitado por completo y su mandíbula poderosa tenía un aire cruel. Bien parecido, inteligente, pero de expresión salvaje, Olaf Fiorsen constituía una imagen del blanco que en otros tiempos convertía en esclavos a los hombres de color.

—Zuara se está muriendo —dijo—. Me alegro. Es un enemigo menos que tendremos. Y el capitán Howard tendrá, a su vez, un auxiliar menos.

Fiorello, con un acento italiano, preguntó:

—¿Y a quién elegirá la tribu como jefe?

—No lo sé —respondió el escandinavo—, pero nunca será tan contrario a nosotros. Creo que podremos venderle alcohol como a otros poblados.

De pronto, se abrió la puerta para dar paso a una mestiza alta y esbelta de armoniosas formas. Su piel tenía un tono bronceado y sus grandes ojos negros brillaban de astucia y de pasión. Sus cabellos negros se hallaban peinados en una larga trenza. Vestía una ajustada túnica, de amplio escote, que dejaba al descubierto sus redondos hombros. Sus labios bien dibujados se entreabrían en una sonrisa cautivadora.

—Trae más *whisky*, Yasmina —ordenó Fiorsen.

La mestiza obedeció, sonriéndole. Fiorello la contempló, brillándole los ojos. Él también amaba a aquella mestiza hindú. Pero era de Fiorsen que la había traído de Dar es Selam.

Yasmina se acercó al escandinavo, dejando el *whisky* en la mesa. Luego, le pasó una mano por los hombros, mientras sonreía, crispando los labios.

—Aquí tienes —dijo con honda y acariciadora voz.

El sueco fue a servirse más alcohol.

En aquel instante, se oyó un leve ruido en el exterior; como si alguien rozara las persianas que protegían las ventanas.

Fiorsen acercó la mano al revólver que tenía sobre la mesa y Fiorello púsose en pie, decidido a empuñar uno de los rifles con los que estaban adornadas las paredes.

Una voz exclamó, con entonación pacífica:

—No asustarte, *bwana* Fiorsen. Yo amigo.

Olaf contempló a su ayudante. Le sorprendía que nadie hubiera podido acercarse a la choza salvando los puestos de centinela. Iba a dar la voz de alarma, cuando el desconocido volvió a decir:

—*Bwana* Fiorsen, yo, Libakua.

Los tres ocupantes de la habitación se miraron con asombro. Luego, Fiorsen exclamó:

—Libakua. Sabía que no iban a poderte tener encerrado.

Fiorello, a una orden del cazador, abrió la puerta, dando paso el fugitivo. Este, a la luz de los quinqués con los que se iluminaban, parecía aún más alto y sus músculos más duros. Contempló a los dos cazadores y a la mestiza.

Fiorsen rompió a reír.

—No han podido retenerte en presidio, ¿verdad, truhan? Hiciste mal en retorcerle el pescuezo a aquel cazador. Por poco se muere y entonces te hubieran colgado.

Libakua añadió, orgulloso de sus hazañas:

—Esta vez no equivocado. Guardián muerte; con mis manos.

Fiorello lanzó un grito de sorpresa.

—Que se marche, Fiorsen... Va a complicarnos si se queda aquí.

Yasmina contempló desdeñosa al mulato. Luego, dijo:

—Es fuerte. Es amigo. Que se quede, Olaf.

Pero este no la escuchaba. De pronto, exclamó:

—Aquí no puedes quedarte, Libakua, pero te puedo dar los medios para que te conviertas en rey del *kraal* de Onga. Zuara se está muriendo.

Libakua sonrió.

—Yo rey. Yo tu amigo —luego se acarició el estómago, añadiendo—: Yo hambre.

Fiorsen asintió.

—Tráele comida, Yasmina —luego, se acercó a Libakua—. Te daré un rifle y municiones. Tú te harás rey. Después, me comprarás *whisky* y dejarás que yo pase contrabando.

Libakua asintió.

—Sí, *bwana*. Y tú darás *whisky* a Libakua.

Yasmina le entregó un plato de comida al fugitivo al tiempo que Olaf ordenaba:

—Fiorello, escóndelo en un lugar seguro.

Cuando quedaron solos, el escandinavo se acercó a la mestiza, pasándole un brazo por la cintura.

—Cuando Libakua sea rey, te compraré un collar de esmeraldas.

Yasmina sonrió, acercando su rostro al del cazador.

—Eres el más fuerte de todos.

* * *

Ante la puerta de la residencia de Fiorsen se detuvo un oficial, que vestía un corto pantalón y se cubría con un salacot. El escandinavo avanzó a su encuentro, exclamando:

—Capitán Wilson, qué alegría verle y qué gran honor que haya usted venido a visitarnos.

El militar le contempló con expresión fría. Luego, tendió la mano para saludar al cazador:

—He recibido noticias de un amigo suyo, de Libakua.

Olaf asintió.

—Sí, le recuerdo. Fue *mulak* mío¹.

Wilson le contempló con fijeza.

—Se fugó de la prisión. ¿Lo sabía?

Fiorsen negó con la cabeza.

—No, no sabía nada. Yo visito poco los centros civilizados y no tengo aparatos de radio.

Wilson asintió.

—Asesinó a un guardián antes de fugarse. Hemos perdido sus huellas —reconoció—, pero acabaremos capturándole.

Fiorsen asintió de nuevo. Estaba de buen humor. Al fin y al cabo, era la obligación del capitán Wilson fijarse en todo aquello. Era el jefe de policía de la zona. Por fortuna, Libakua no había sido visto por ninguno de sus negros que quizás hubieran hablado más de la cuenta. En aquellos momentos, teniendo en cuenta los días que habían pasado desde que abandonó el campamento de los cazadores, Libakua debía encontrarse muy al interior, lejos de la demarcación del capitán Wilson. Tendría noticias más adelante. Libakua conseguiría imponerse a la tribu. Un rifle impresionaba mucho a los negros.

El contrabando de alcohol se convertiría en mayor negocio una vez Libakua fuera el reyezuelo de aquel poblado, muy importante y situado en un lugar por el que todos los senderos de la selva cruzaban.

—Mañana parto hacia el interior, capitán —dijo el escandinavo—. Debo capturar algunas fieras que me ha pedido el Zoo de Hamburgo.

Wilson indagó:

—¿Cuánto tiempo pasará allí?

—Depende; quizás tan solo unas semanas. Tal vez unos cuantos meses. Depende de la suerte que tenga. Desean los animales vivos y son encargos muy delicados por la clase de bichos que piden.

CAPÍTULO II

UNA EXTRAÑA EXPEDICIÓN

El puerto de Dar-es-Salam constituía un extraño punto de contacto entre África, Europa y Asia. Situado en la costa de Tanganica, junto al Océano Índico, es la capital del territorio y su puerto más importante. Los buques mercantes que cruzan aquellas aguas no dejan nunca de tocar en aquel punto para adquirir los objetos que venden los nativos y los productos de aquella tierra.

Cuando en aquella soleada mañana el transatlántico «Astoria» se fue acercando al muelle, presidido por el práctico, una infinidad de embarcaciones indígenas lo rodearon, conservando una distancia prudencial, para evitar ser víctimas de las hélices, mostrando cargamento de plátanos a los pasajeros que se hallaban asomados a la borda y ofreciendo un transporte barato hasta tierra. Sabían que a veces había algunos viajeros que preferían la aventura de un corto viaje en canoa en vez de esperar a que su buque atracase.

En los muelles se agolpaban los negros, hindúes árabes y mestizos. Eran los descargadores que esperaban el momento de iniciar su trabajo.

Lentamente, la motonave se fue acercando al puerto hasta quedar pegada al muelle.

Acodados sobre la borda dos personas miraban aquel magnífico espectáculo. Vestían ambos ropas blancas, bien cortadas y limpias, cubriéndose los cabellos con panamás adornados con una cinta de colores. En cualquier lugar del mundo se les hubiera identificado como dos americanos entrados en años y de buena posición. Contemplaban con fijeza el espectáculo que ofrecía el puerto, con sus descargadores de distintas razas que corrían de un lado para otro bajo el sol, las indolentes figuras que se encontraban en algún extremo y los capataces, nativos también, que vestían de blanco.

—David —dijo uno de ellos—, eso hay que recogerlo para reconstruirlo en Hollywood.

El llamado David hizo una pausa.

—¿No sería mejor rodar aquí mismo?

—No. Perderíamos tiempo y nos conviene internarnos en la selva cuanto antes. La selva está aquí y los espectadores no tolerarían una falsificación. Pero el puerto podemos reconstruirlo.

David quedó silencioso de nuevo.

—Estaba pensando —dijo al fin— que Maxwell ha sabido reflejar bien este ambiente.

—Sí —reconoció el otro—, ha sabido hacerlo. Su guion es bueno.

De pronto, un hombre, como de treinta y cinco años, se acercó a ellos, sonriendo. Vestía un traje blanco, impecable y elegante, que se ajustaba a sus anchos hombros y a sus estrechas caderas. Se le veía bronceado por el sol y su expresión era enérgica y decidida. Todas las muchachas que se encontraban allí se volvieron para mirarle, atraídas por su apostura y por su fama.

Se trataba nada menos que de Edmund Preston, el galán de cine más taquillero de todo Hollywood, el hombre con el que soñaban millones de mujeres de todo el mundo, el que más idilios había sostenido con artistas de más popularidad. Consciente de su fama y seguro del fácil triunfo, en cualquier caso, Preston se acercó a David y a su compañero.

—Buenos días, Larsen. Hola, Warner —dijo tratando con esta íntima familiaridad a David Larsen y Jess Warner la pareja de director y productor más importante del cine—. ¿Cuándo desembarcamos?

—Enseguida —explicó Larsen, el director—. En cuanto nos sea posible saldremos para el interior.

Edmund negó con la cabeza, mientras lucía la sonrisa que le hizo millonario. Sus cabellos rubios y su bigote recortado bastaban para identificarle.

—Lo siento, pero deseo quedarme una semana en Dar-es-Salam. No saldremos hasta entonces.

Se encaminó a su camarote de nuevo, mientras Larsen y Warner se miraban furiosos. David exclamó:

—Debíamos haber contratado a un principiante que tuviera condiciones, algo parecido a Diana Munro, y todo hubiera marchado bien.

Jess movió la cabeza.

—Sí, pero ya sabes cómo son los financieros. Quieren que en la película figure un nombre que atraiga al público.

Warner y Larsen constituían desde hacía muchos años dos de los mejores cinematografistas, cada uno en su especialidad. Trabaron amistad al cabo del tiempo y decidieron convertirse en productores independientes. Su prestigio les proporcionaba siempre el dinero necesario y las empresas les cedían los artistas que deseaban. Sus producciones eran siempre un éxito seguro y en aquella ocasión se habían lanzado a filmar una cinta de ambiente africano. De ser un

éxito, les proporcionaría dinero suficiente para no tener que buscar a nadie que les prestase cantidad alguna. Para asegurarse mayor triunfo habían buscado a Edmund Preston, cosa que comenzaban a lamentar. Este era el único astro de la producción y lo recordaba a cada momento.

A cubierta salió entonces una muchacha de algo más que mediana estatura, esbelta y bien formada.

Su figura revelaba a la deportista, sin perder nada de su exquisita femineidad, y sus movimientos graciosos y llenos de armonía a la muchacha entrenada en la rítmica. Vestía un traje blanco de viaje, sencillo pero elegante, que ella, con su natural prestancia sabía resaltar. Tenía el cabello muy rubio, color de oro viejo, peinado sobre los hombros. Sobre su piel fina y bronceada resaltaban sus ojos verdes, sombreados por largas pestañas, llenos de vida y de sinceridad.

Aquellas pupilas almendradas y sonrientes era lo que más atraía de su extraordinariamente hermoso semblante, de facciones finas y boca llena y bien dibujada que se entreabría en su gesto amable, descubriendo sus blancos dientes. Sobre los zapatos de alto tacón se alzaban sus torneadas y largas piernas.

Esta vez fueron los pasajeros quienes la contemplaron con arrobamiento. Desde que embarcó, habían procurado por todos los medios acercársele. La muchacha, que no contaría entonces más de veintiún años les trató a todos con gran amabilidad, pero supo mantener a raya a los que pretendían galantearla.

Era Diana Munro, la estrella de la película. Cuando se acercaba a la borda, otra figura se le acercó. Se trataba de un hombre, como de treinta años largos, muy alto, de espaldas anchísimas y que, bajo la ropa de viaje, que lucía con soltura, se adivinaba el torso de atleta. Se movía con agilidad y precisión, pero sin apresurarse nunca. Las prendas que vestía eran elegantes, pero se comprendía que no era esto su preocupación. Tenía las manos fuertes y anchas, como si hubiera practicado mucho deporte o hecho trabajos manuales. Era moreno, tenía la piel curtida por el sol y las facciones correctas y agradables. Su frente era despejada y sus pupilas oscuras revelaban inteligencia y sutil comprensión de las cosas. Su expresión era alegre y un tanto despreocupada. Su aire sencillo y plácido parecía el de un turista alejado de las diarias preocupaciones.

—Hola, Diana —saludó.

Ella le envolvió en su luminosa sonrisa.

—Hola, Richard —luego, agregó—. Esto es exactamente lo que

tú relatas en tu guion.

Richard Maxwell asintió.

—Gracias por el elogio, pero creo que acerté al describirlo.

Richard Maxwell, el guionista de la película, era también un recién llegado al cine. Publicó un par de novelas, que obtuvieron un gran éxito, y una de ellas fue llevada a la pantalla, causando sensación y estando a punto de obtener un Oscar.

Luego, se trasladó a Hollywood y ofreció un guion a David Larsen. Este vio al instante las posibilidades que tenía y lo compró. Había conquistado a todo el mundo por su aire sencillo y por su naturalidad, tan distinta de la postura de genio que solían adoptar muchos escritores cinematográficos.

Al partir para África, los productores decidieron que les acompañara en calidad de supervisor.

Diana preguntó entonces:

—¿Conocías ya África, Richard?

El asintió.

—Sí, había estado por aquí. Esta es la razón de que situara en este sitio el asunto de mi guion.

La muchacha se volvió hacia él.

—Estoy muy contenta que me eligieran a mí para el papel de la protagonista. Es mi gran oportunidad. Hasta ahora tan solo he hecho dos películas con el primer papel. Las otras siempre fueron personajes secundarios.

Richard sonrió.

—No te preocupes. Triunfarás. Tienes condiciones para ello. Te vi en «Invitada a la Muerte» y comprendí que eras una gran artista. Por eso cuando me consultaron les dije a Larsen y Warren que estaba de acuerdo.

La muchacha le miró sorprendida.

—No sabía esto, pero te agradezco que me apoyaras. Y por mi parte haré todo lo que pueda para que nuestra película, «Selva Cruel», resulte un gran éxito.

—Probablemente lo será —dijo la voz de Preston, acercándose a ellos, con su eterno aire de superioridad—. Vamos a comenzar nuestra gran aventura —añadió sin abandonar su aire de astro. Contempló a Richard, añadiendo—. ¿Nervioso, Maxwell? Este puede ser el comienzo o el fin de su carrera, según salgan las cosas.

El novelista se encogió de hombros.

—He estudiado Filosofía y sé adoptar posturas estoicas. Veremos a ver qué tal resulta.

Con ademán protector, le apoyó una mano en el hombro,

mientras decía:

—No se preocupe. Diana y yo la salvaremos.

Richard asintió.

—Estoy seguro.

Diana le miraba, súbitamente interesada.

—Para mí es muy importante triunfar en esta película —dijo—. De otro modo, deberé volver a hacer segundos papeles. ¿Qué harías tú, Richard?

Él se encogió de hombros.

—Probablemente volvería a escribir novelas. Los asuntos que tengo pensados para el cine los trasladaría a las cuartillas.

Diana sonrió, soñadoramente.

—Todo lo que está ocurriendo parece imposible. Hace tres años que empecé en el cine como actriz secundaria. Y ahora me encuentro de protagonista en una gran producción de David Larsen, junto a Edmund Preston. Recuerdo que la primera vez que te vi trabajar también era una película de ambiente Africano.

El actor indagó, súbitamente interesado:

—¿Cuál era? He hecho tres o cuatro de este tipo.

—«Sombras en la Noche».

Edmund asintió.

—La recuerdo. Fue de las primeras que hice. En ella representaba a un oficial inglés.

El buque atracaba en aquel momento y los pasajeros se dispusieron a desembarcar.

CAPÍTULO III

HACIA LO DESCONOCIDO

El Hotel Carlton de Dar-es-Salam no se parecía en nada a los fonduchos que un americano asociaba con África. Podía compararse en lujo y en comodidades, aunque quizás no en tamaño, a sus homónimos de Europa y de América.

Habían transcurrido tres semanas desde que llegaron los viajeros y aún no habían podido partir. Presión seguía recorriendo la ciudad y buscando los lugares más interesantes para mostrárselos a Diana.

Esta aceptaba sus invitaciones, como también las de Richard Maxwell.

Esto intrigaba a los miembros de la expedición, actores, técnicos y empleados. Aquella mañana, sentados a la sombra de la veranda, mientras bebían *whisky* con soda y hielo, Oscar Tracy, actor de carácter que encarnaba a un cazador; Moirah Turner, actriz que conservaba restos de belleza y debía personificar a una mujer dominada por África y Will Lowe, el ayudante, comentaban estos sucesos.

—Todo está preparado para salir —decía este último—; pero aún no han podido contratar un cazador que sirva de guía y que se encargue de buscar los portadores. Todo porque a Edmund Preston no le parece aun estar bastante satisfecho del viaje para marcharse de aquí.

Oscar sonrió.

—Debe pensar que aquí tiene buenas ocasiones de salir con Diana —bebió un trago de *whisky*, añadiendo—. Conozco a Edmund y está decidido a conquistarla.

Will asintió.

—Pero tiene un mal competidor. Diana también sale mucho con Richard Maxwell y este parece interesarla mucho.

—Yo apuesto por Edmund —dijo Tracy.

—Y yo por Maxwell. ¿Van dos de los grandes?

—De acuerdo.

Moirah Turner movió la cabeza.

—Después dirán que las mujeres somos chismosas. Aquí estáis preocupados por algo que no os importa. ¿Por qué no dejáis a esa pobre muchacha tranquila? Ella sabrá quien le interesa más. Pero

de momento en lo único que piensa es en su trabajo. Y no nos podemos quejar de ella. Se porta como una verdadera amiga.

En aquel momento, Warner y Larsen entraron en la veranda, seguidos por Richard y por Edmund.

—Bien —dijo el productor—, creo que ya es hora de fijar la fecha y comenzar el rodaje.

Edmund negó con la cabeza.

—Aún hay un sitio que deseo mostrarle a Diana. Es una casa de té hindú. Lo descubrí ayer noche y creo que vale la pena. Luego —añadió— podremos irnos.

Richard sonrió.

—Entonces podemos salir enseguida. Hace dos días fuimos a visitarlo.

Edmund le miró, enfurecido, pero no cambió la expresión del joven. Oscar y Will cambiaron una mirada de inteligencia. Warner aprovechó la oportunidad para añadir:

—Entonces, estén todos preparados. Saldremos en cuanto hayamos encontrado un cazador que se encargue de nuestra expedición.

Richard, sin hacer caso de Preston, indagó entonces:

—¿Han hablado ya con alguno?

Warner negó con la cabeza.

—Hoy iremos al club de cazadores. Allí nos darán alguna indicación. Asimismo, hablaremos con las autoridades.

Larsen exclamó entonces:

—Por cierto, que antes de marchar de América me dieron una dirección. Se trata de un cazador que proporciona animales vivos a los parques zoológicos. Le he citado ya aquí. Tuvimos la suerte de que acabase de regresar de un safari, buscando precisamente bichos que mandar a Europa. Llegará hoy aquí. Se llama Olaf Fiorsen.

Warner asintió.

—Veremos qué nos dice.

Cada uno se marchó a su habitación a preparar el equipaje y Edmund aprovechó la oportunidad para acercarse a la muchacha.

—Veo que sigues saliendo con Richard.

Diana le miró sorprendida.

—Es un buen amigo y conoce África bastante bien.

Preston la miró de nuevo, con expresión codiciosa y, al mismo tiempo, indignada.

—Es un cualquiera, Diana. No te conviene, y yo...

La muchacha se apresuró a interrumpirle:

—Soy libre de elegir a los amigos que prefiera y Richard es un

buen chico, muy simpático y muy inteligente.

Preston comprendió que había cometido un error. Sonrió, con toda la seducción de que era capaz, y se acercó más a ella.

—Perdona, pero no quería decir eso, Diana. Naturalmente, que Richard es un buen muchacho. Yo también le aprecio, pero es que me duele cuando no estás conmigo.

Pero la muchacha seguía enfurecida aún.

—Perdóname tú también, pero debo preparar el equipaje. No pudimos traer sirvientes al safari y cada uno ha de hacerlo personalmente.

Preston la vio alejarse, siguiéndola con la mirada. Era la muchacha más hermosa de cuantas había conocido y, entre la innumerable lista de sus enamoradas, ninguna le había gustado tanto como aquella.

Debía recordar que tenía mucho orgullo y que no permitía que nadie se le impusiera. Pero él estaba decidido a conquistarla. La necesitaba. Nunca sintió tanto interés por una mujer, como por Diana Munro.

La muchacha, mientras tanto, entró en su habitación, disponiéndose a preparar su equipaje. Se abrió nuevamente la puerta, para dar paso a Moirah Turner. Diana, que aún se sentía molesta por la actitud de Preston, procuró dominarse.

—Supongo que deberemos compartir una tienda —dijo la otra actriz.

Diana asintió. Luego, Moirah volvió a decir:

—Mira, tengo bastantes años para ser tu madre, aunque esto no lo diga la Prensa. Por tanto, no debes enfadarte por lo que te voy a decir.

Diana la contempló asombrada.

—Naturalmente, querida —se apresuró a advertir— dime lo que quieras. Yo no soy más que una principianta.

Moirah negó con la cabeza.

—Tú eres toda una actriz. He visto tus películas y puedo decirlo. Pero ha sido tu misma sencillez la que me ha hecho cobrarte simpatía. Y por eso te advierto que tengas cuidado.

Diana no la comprendió.

—¿Cuidado con qué?

—Con Preston. Es cierto que se trata de un hombre atractivo. Soy mujer y lo comprendo, pero no te dejes engañar por él. Las mujeres pasan por su vida por temporadas. Ha estado casado varias veces y ha tenido infinidad de idilios. Ninguna mujer podrá retenerle.

Diana la miró un tanto sorprendida.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó luego.

Moirah le pasó el brazo por los hombros, acercándola a un sofá donde se sentaron ambas.

—Los años van pasando y nos endurecemos —dijo—. Llega un momento en que nuestros nombres son ya parte de la tradición cinematográfica. Se diría que siempre hemos sido actrices, pero yo también debuté en esta profesión. Fui una estrella joven, quizás no de tanta magnitud como tú puedes llegar a serlo, pero también tuve admiradores. No te has dado cuenta de que en tus dos últimas películas te acercaste mucho al estrellato. Esta puede consagrarte definitivamente. Tienes todo lo que hace falta para lograrlo. Belleza, inteligencia, atractivo. Además, esta película es de las que dan fama. De otro modo Preston no hubiera aceptado el papel. Pronto comenzarán a buscarte los «lobos»². Tú te sentirás aturdida porque todos ellos serán nombres famosos. Preston es el más peligroso de todos los lobos que conozco. Tú sabes muy bien que te está buscando. Ten cuidado. Pondrá mucho empeño porque de las actrices jóvenes eres la de más porvenir. En muchos años no ha salido una como tú. No cejará en su empeño y es capaz de todo. Apártate de él.

Diana desvió la mirada, comprendiendo que su amiga tenía razón. Luego, dijo:

—Yo solo le considero un buen amigo. No cabe duda de que es agradable y que resulta atractivo. Pero, de momento, en mis planes no cabe otra cosa que mi carrera.

Moirah la contempló un instante.

—Más vale así.

* * *

Larsen y Warner descendieron al salón donde les esperaba el visitante. Se encontraron ante un hombre gigantesco, curtido por el sol y vistiendo holgadas ropas de cazador.

—Yo soy Olaf Fiorsen. ¿Qué desean de mí?

Le invitaron a sentarse y después de presentarse, David Larsen explicó:

—Hemos venido a rodar una película de ambiente Africano, «Selva Cruel».

—Continúe, por favor.

—Deseamos un cazador que nos guíe y que se encargue de todos los asuntos con los nativos —hizo una pausa y añadió—: Hasta ahora, por razones ajenas a nosotros, no hemos podido precisar la

fecha de salida y ningún cazador ha querido encargarse de estos asuntos. Supe que había usted regresado del interior y le envié un aviso. Me dijeron en América que era usted uno de los hombres en quien más se puede confiar para una misión delicada.

Fiorsen indagó:

—¿Quién le habló de mí?

—Mr. Wendix, del Parque de San Francisco. Usted les ha enviado animales para su empresa.

Fiorsen asintió.

—Sí, desde luego. Cada año les envío unos cuantos. No es por alabarme, pero hasta ahora no he fracasado nunca. Deseo —añadió — saber algunas cosas acerca de la expedición antes de encargarme de ella. ¿Cuánto tiempo piensan invertir en el rodaje?

—Unos tres meses. Pero esto no incluye el tiempo que vamos a emplear buscando los escenarios naturales. Calcule usted seis meses.

—¿Qué personal tiene su expedición? Necesito saberlo para calcular los portadores que nos harán falta.

—Somos bastantes, pero hemos traído *jeeps* y camiones para todos e incluso para el equipaje. Los portadores, sin embargo, nos harían falta para los trabajos corrientes en un estudio.

Fiorsen hizo un breve cálculo.

—No serán necesarios muchos. Los negros de los poblados por los que pasemos nos ayudarán a cambio de algunos regalos. Sobre todo, collares, jabón, cigarrillos y sal.

Larsen asintió.

—Compraremos todo eso en las cantidades que usted aconseje.

Fiorsen sonrió.

—De acuerdo. Contrataré los *boys* necesarios, además de los que suelen acompañarme. Vendrán otro cazador y una muchacha para cocinar. Pido una cantidad equivalente a la de tres safaris vulgares.

—De acuerdo, Mr. Fiorsen.

—Estén preparados porque dentro de dos o tres días a lo sumo podremos partir.

CAPÍTULO IV

EN RUTA

Por la ancha sabana, la columna de vehículos iba avanzando. En cabeza marchaban los *jeeps* ocupados por Fiorsen, Fiorello y Larsen. Luego, venían el resto de los coches y, por último, los camiones en los que viajaban los portadores y el material técnico.

Sentados en los vehículos, cada uno de los miembros de la expedición experimentaba distintas sensaciones. David y Jess, así como el resto del equipo, estaban satisfechos de haber iniciado la marcha. Para Diana, vestida con unos largos pantalones, una chaqueta de hilo crudo y un salacot, era el comienzo de su mayor aventura. Richard, que se encontraba a su lado, la contemplaba en silencio. Aquella película sería memorable para él por dos razones. Significaría quizás el comienzo de su carrera en el cine y había conocido a aquella muchacha adorable. Preston, que también viajaba en el mismo vehículo que entonces conducía, sentía cierta intranquilidad. Hallarse fuera de sus escenarios habituales no le era grato.

Yasmina, sentada en un camión junto con los portadores, se sentía inquieta. Se daba cuenta de la impresión que en Fiorsen había ejercido la muchacha rubia, impresión que en los días que llevaban de viaje iba aumentando gradualmente.

Conocía a Fiorsen y sabía que su temperamento era en extremo sensible a los atractivos de las mujeres, especialmente de las rubias. Sin embargo, no temía perder a aquel hombre fuerte y brutal, al que ella sabía conservar a su lado a pesar de todo.

Diana contemplaba con entusiasmo todo cuanto iba apareciendo en aquel panorama nuevo en su vida. Edmund, al volante, no se sentía en exceso tranquilo. Richard le explicaba:

—En la actualidad ya no se encuentran leones por aquí. Es preciso ir al interior, pero hace años rondaban libremente por todas partes. Los negros prendían fuego a la sabana para capturarlos.

Diana movió la cabeza, mientras sus pupilas relampagueaban.

Con sus ropas de campo, que no ocultaban la exquisita femineidad de su figura, y el rubio cabello recogido en la nuca, estaba mucho más seductora de lo que podían imaginar en Hollywood.

—Qué extraño es todo esto —dijo—. Cuando yo era niña quería

ser exploradora. Por lo visto, hay sueños que se convierten en realidad.

Maxwell la contempló con fijeza.

—Desearía poder decir lo mismo.

Preston seguía conduciendo. Se sentía molesto por el conocimiento de África que tenía el escritor. Además, parecía encontrarse a sus anchas, sin echar de menos la vida civilizada que Edmund añoraba tanto.

Sin desviar la mirada del camino que iban siguiendo a lo largo de la sabana, preguntó:

—¿En qué libro ha leído eso, Maxwell?

Richard, volviéndose a él con expresión sencilla, exclamó:

—En ninguno. Estuve en África antes de ahora.

El sol iba avanzando en el cielo y la columna se detuvo para establecer el campamento.

Los ocupantes de los vehículos saltaron a tierra, contentos de poderse desentumecer.

Diana, con sus pantalones enfundados en altas botas, la chaqueta de hilo ceñida por un cinturón y el cuello abierto atraía las miradas de todo el mundo. Estaba contenta y alegre, riendo con júbilo. La cola de caballo caía sobre su espalda, dándole un aire infantil y a la vez insinuante.

Preston vestía una camisa de cuello abierto y unos pantalones cortos, de modo que pudiera lucir su musculatura. Richard, por el contrario, un traje de cazador, con pantalones enfundados en las botas, chaqueta abierta y un ancho sombrero. Era la representación de la fuerza y de la salud.

Moirah Turner exclamó:

—Si fuera más joven le pondría ojos cariñosos. Me gusta mucho más que el maniquí ese de Edmund.

Mientras los negros descargaban los fardos, disponiéndose a montar las tiendas, Warner reunió al personal de la película, diciendo:

—Nos hallamos muy cerca de la selva. Estableceremos aquí el campamento principal. Mientras se ruedan las escenas que transcurren en la sabana, Mr. Fiorello y yo nos dirigiremos al interior, con algunos negros, para buscar los escenarios. Me he informado de los lugares más a propósito y creo que será sencilla su localización.

Richard exclamó:

—¿No le parece que el viaje será muy cansado? ¿Quiere que vaya yo en su lugar?

El otro movió la cabeza.

—Gracias, Maxwell, pero le necesitan aquí durante el rodaje —sonrió, añadiendo burlonamente—: No soy tan viejo como usted imagina.

Rieron todos, mientras Larsen preguntaba a Fiorsen:

—¿Cuánto habrá que pagar a los negros que intervengan en las escenas?

Olaf se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Yo nunca había intervenido en una película. Pero si les dan una gratificación sobre la paga estarán satisfechos.

Mientras, los negros iban montando las tiendas. Nadie se dio cuenta de que un grupo de ellos había encontrado una caja desfondada por el traqueteo del camión.

En su interior se veían unas botellas de *whisky*. Tomó una el negro, sonriendo con delicia. Conocía bien aquel licor que quemaba la garganta y le agradaba mucho. Rompió el cuello de la botella contra una roca y apuró su contenido. Sonrió con satisfacción. Allí había más botellas. Podía invitar a sus amigos.

Larsen seguía interrogando al cazador:

—Nos interesarían dos de ellos para que interpretasen a un *mulak* y a un sargento de askaris. ¿Quiénes le parecen más a propósito? —Luego añadió—: Yo pensaba traer dos actores negros, pero me advirtieron que aquí encontraría todos los que me hicieran falta, que los portadores son artistas natos.

Fiorsen asintió.

—Tenía razón quienquiera que fuese. Yo le recomendaría a Buanga y a Uyande. Ambos actuarían con mucha naturalidad.

Larsen asintió:

—Una vez más estuvo usted en lo cierto, Maxwell.

Todas las miradas se volvieron hacia el joven escritor, que se limitó a sonreír, al tiempo que decía:

—Acabaré ruborizándome.

Súbitamente interesada, Diana quiso saber:

—¿Qué es lo que acertó?

Larsen explicó:

—Acertó al escribir el guion y al insistir en que viniéramos a África. Y...

—Bueno —interrumpió Maxwell—, creo que ya se ha hablado bastante de mí. Acabaré por convertirme en un tipo insoportable.

Los demás rieron. Fiorsen contempló a Diana cuyas pupilas permanecían fijas en el escritor. Efectivamente, aquella mujer era muy hermosa. Nunca había visto otra igual. Se sentía

irremisiblemente atraído hacia ella.

De súbito un alarido salvaje rompió la quietud del campamento. Todos se volvieron sobresaltados, para ver a unos negros que se agitaban furiosos, al tiempo que derribaban una de las tiendas y se abalanzaban sobre uno de los camiones.

Yasmina acudió presurosa, con el semblante alterado por el temor.

—Están borrachos. Han encontrado *whisky*.

Fiorello y un *mulak* corrieron hacia los negros, gritándoles algo en su lengua y procurando detenerles. Uno de ellos, el que había descubierto el alcohol, se volvió, golpeando con furia al *mulak*. Este se desplomó ante el puñetazo del gigante de ébano. Fiorello quiso esquivar el ataque, pero fue muy lento y la enorme manaza del gigante le rozó la cara.

Se tambaleó, desplomándose.

El negro alzó los brazos al cielo, aullando como un poseso. Luego, tomó una barra de hierro de la tienda y comenzó a golpear todo lo que había en torno suyo.

Los demás negros se apartaban, pero los que habían bebido le seguían dispuestos a ayudarle.

Todos comprendieron que de un momento a otro le imitarían iniciando la destrucción del campamento.

Fiorsen exclamó:

—Cuidado. Si corre la sangre o si suena un disparo, intentarán atacarnos.

Diana retrocedió, asustada. Parecían diablos enfurecidos.

De pronto, ante el asombro de todos, Richard echó a andar hacia los negros. Sin apresurarse, pero con decisión, se encaminó al encuentro de los furiosos embriagados.

Larsen exclamó:

—Cuidado.

La muchacha no pudo contener un grito de horror.

Pero era ya tarde para detenerle. El joven se encontraba tan cerca de los negros que intentar apartarle de allí era exponerse a compartir su suerte.

Fiorsen se dispuso a empuñar el rifle.

—Prepárense todos. Si derriban a otro hombre, nos atacarán.

Diana, aterrorizada, no pudo cerrar los ojos. Vio cómo Richard se detenía ante el negro gigante, que iba esgrimiendo la barra de hierro, y le contemplaba sin perder la calma.

Su adversario se lanzó sobre él, propinándole un golpe mortal. Richard esquivó, inclinando el cuerpo. El impulso que había dado a

la barra obligó al otro a ladearse y entonces Maxwell le propino un temible golpe en el costado. Cuando el negro se volvía de nuevo, descargo un directo como una cox de mula en la quijada de su enemigo.

Este abrió los brazos, dando un traspié. Nadie comprendía lo que hacía Maxwell, pero su enemigo se desplomo. Entonces, el joven le propino un puntapié en el rostro.

Quedo tendido en el suelo su adversario. Richard contemplo a los negros. Con ademan imperioso hizo una indicación con la mano.

Todos le contemplaban con asombro, esperando lo que sucedería.

Pero los negros obedecieron, abandonando su actitud violenta.

Entonces, Richard se reunió con los demás miembros de la expedición. Su expresión no se había alterado en lo más mínimo.

—Atiendan a los heridos.

Nadie se atrevió a hacer comentarios.

CAPÍTULO V

HOMBRES DECIDIDOS

Sobre el fondo de la sabana, en compañía de un sargento de askaris y de unos portadores, Preston, vestido con un uniforme británico, estrechaba a Diana, ataviada como de costumbre, entre sus brazos.

El operador iba tomando la escena, mientras Larsen y el equipo técnico se aseguraban de que todo marchaba en orden.

Richard consultaba el guion, disponiéndose a añadir una frase a la escena siguiente.

Pero tampoco podía apartar los ojos de la silueta esbelta de Diana. Aquella muchacha le había obsesionado desde mucho antes de conocerla personalmente, convencido de que era la más apropiada para interpretar a la protagonista de su película. La había visto actuar en otro film y advirtió enseguida sus cualidades de artista, no sofisticada aún por el ambiente cinematográfico. Pero cuando trabó conocimiento con ella, se sintió impresionado. Era la mujer más hermosa que había conocido, pero también la más atractiva. Había una naturalidad que no se encontraba en las otras actrices, deslumbradoras todas ellas, que se encontraban en Hollywood.

No había en Diana Munro el constante deseo de agradar que en las demás. Su encanto era espontáneo y consustancial a su persona. Procuraba ser amable y tratar bien a todo el mundo.

Richard se daba cuenta de que ella no rechazaba su compañía y de que con él se mostraba más amable que con otras personas del equipo. De tratarse de otra actriz, hubiera creído que la razón era su calidad de guionista. Pero en Diana sabía que no.

Sin embargo, no podía creer que se tratara de otro sentimiento que no fuera la amistad. Richard tenía una amplia experiencia amorosa y en ocasiones le parecía ver que Diana se sentía atraída por él, pero era tan solo en ocasiones.

Algo más lejos, cubierto con su ancho sombrero, se encontraba Olaf. Fiorsen devoraba a Diana con la mirada. Él no imaginó nunca que existiera una mujer como aquella.

Sus cabellos rubios, su sedosa piel bronceada, le recordaban siempre que era blanca.

Ella le sonreía cuando hablaba y le miraba con amabilidad. A

juicio de Olaf, por quien se pelearon en más de una ocasión las mestizas y mulatas de Dar-es-Salam, aquello no podía representar más que una cosa.

La mestiza estaba preparando la comida de los negros y de vez en cuando dirigía una mirada al cazador, inquieta ante su interés por la actriz.

A todos los negros les tenía interesados la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

De pronto, Oscar Tracy entró en escena, con su indumentaria de cazador. Cargaba un fusil a la espalda y sostenía una pipa entre los dientes. Le acompañaba un *mulak*.

—Teniente Forsythe —dijo—, es hora de partir.

Preston, el teniente en la película, oprimió el brazo de la muchacha.

—Adiós, Clem —exclamó—. Si salgo con vida, vendré a buscarte.

Se apartó de ella, pero Clem, la protagonista, le sujetó por la camisa.

—Te esperaré, te esperaré siempre.

—Corten —gritó Larsen—. Magnífico. Ha resultado magnífico —se acercó a ellos al tiempo que decía—: Diana, tu expresión es perfecta. Difícilmente hubiéramos hallado otra actriz capaz de hacerlo.

La muchacha sonrió, emocionada.

—Gracias, Mr. Larsen. Todos me han ayudado mucho.

El director exclamó:

—Para ti, David. Es como me llaman mis amigos.

Y. Diana, yo entiendo un poco de esto. Después de esta película, vendrán a buscarte de todos los estudios para pedirte que trabajes con ellos.

La muchacha sonrió de nuevo.

—Usted siempre tendrá preferencia, David.

El director se volvió entonces hacia Edmund:

—Esta escena, es la mejor de cuantas ha hecho usted.

Edmund nada dijo, pero se volvió a mirar a la muchacha.

—Bien —añadió David—, llevamos varios días de trabajo y creo conveniente un descanso. Hasta pasado mañana no rodaremos.

Diana se excusó, encaminándose a su tienda. Se sentía aturdida y emocionada. Estaba rodando, en efecto, su gran obra. Todos eran muy amables con ella y Larsen la había felicitado. De ser cierto todo lo que le había dicho, su carrera estaba hecha.

Richard la contempló. En aquel momento, Diana alzó los ojos, mirándole.

—¿Has oído lo que me han dicho, Richard? —exclamó jubilosa —. Estoy tan contenta...

Maxwell asintió.

—Sí, Diana, pero tienen mucha razón. Tu arte es distinto a los demás. No es producto de la experiencia. Es auténtico y sincero.

La muchacha corrió a su tienda. Aquel nuevo elogio le había hecho saltar las lágrimas. Una vez allí, se tendió en su camastro, inmensamente feliz.

Moirah entró, sentándose a su lado.

—Vamos, pequeña, cálmate.

Diana se volvió, diciendo a través de sus lágrimas:

—Lloro porque soy muy feliz, Moirah.

—Cuando consigas el «Oscar» —continuó la otra—, la emoción será mucho mayor.

Diana la contempló estupefacta.

—¿El «Oscar»? ¿Crees que me lo pueden dar a mí?

Moirah asintió.

—Si no es por esta película, te lo darán por alguna otra. Pero lo conseguirás y muy pronto.

Diana no pudo contenerse por más tiempo y abrazó a su amiga, rompiendo en un jubiloso llanto.

* * *

Diana, sentada ante su tienda, contemplaba el horizonte en el cual se encendía un rojo crepúsculo.

Sin saber el motivo, recordaba su infancia, en el colegio de Savannah. Allí comenzó a sentir afición a la pantalla. Figuró en el cuadro escénico del colegio y luego, al graduarse, intentó debutar en el teatro y en el cine.

Muchas veces, en compañía de alguna amiga, había permanecido sentada en el jardín, contemplando el crepúsculo y soñando con los años que vendrían.

Nunca pudo imaginar que su triunfo ocurriría en un país tan lejano como Tanganica, en una película de David Larsen.

Oyó unos pasos a su espalda y se volvió para ver a Maxwell, que se acercaba, con la pipa entre los dientes.

—¿Sigues emocionada? —preguntó con una amable sonrisa.

Diana sonrió a su vez.

—No, ya me he calmado.

Richard se sentó a su lado, contemplando el horizonte.

—No fijas la mirada en este espectáculo —advirtió.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Es parte del encanto de África —explicó Richard—. Todo el que lo ha sentido, debe volver a estas selvas.

Diana quedó un instante silenciosa.

—No me disgustaría volver aquí —dijo—. Este lugar es el más feliz de mi existencia. Aquí me han dicho por primera vez que he triunfado.

Maxwell sonrió.

—Tu triunfo era inevitable. Tus condiciones artísticas eran superiores al resto de las actrices de tu promoción. Ellas confiaban tan solo en su aspecto físico. Tú sabes trabajar.

—Todo me parece un sueño —comentó ella—. Encontrarme en ese lugar, rodando un papel principal y junto a Edmund Preston. Hace años que es el galán de más fama, y yo soy su oponente.

Maxwell sonrió.

—Sí, parece un sueño, pero la realidad siempre supera a los sueños. Sin embargo, no todo el mundo puede ver realizadas sus ambiciones.

Diana le miró sorprendida.

—¿Es que tú no has conseguido todo lo que pretendías?

Richard sonrió.

—No, Diana —hizo una pausa y añadió—: Hasta hace muy poco creía que sí. Pero hay deseos que aún no se han cumplido y que no sé si llegarán a cumplirse. Es necesaria otra persona para que se realicen.

Las pupilas del joven se hallaban fijas en la muchacha y ella sintió el fuego de su mirada sobre su persona. Diana quedó en silencio. No sabía qué responderle ni cómo continuar la conversación.

Pero no se sentía inquieta ni molesta a su lado. Desde el primer momento, Maxwell se había mostrado considerado con ella y a su lado se sintió siempre tranquila y protegida. Entonces, a pesar de darse cuenta de lo que el joven pretendía decir, no experimentaba ningún deseo de separarse de él, como le había ocurrido en otras ocasiones, cuando alguien, por quien tan solo sentía una viva simpatía, le había descubierto su cariño.

Maxwell continuó:

—Hasta conocerte a ti, marché siempre solo, sin desear otra, compañía. Todo cambia en un instante —explicó —y este cambio lo causaste tú.

Diana abatió la cabeza, sin atreverse a mirarle. Se encontraba bien a su lado. Richard era innegablemente un hombre atractivo y la perspectiva de tenerle siempre junto a ella no le parecía mala,

pero no sabía qué decidir.

—Richard —comenzó a decir—, yo...

En aquel momento se oyeron unos pasos sobre la maleza y se vio acercarse a Fiorsen y a Lowe. Algo más atrás, se encontraba Preston, que les contéplala con expresión poco alegre.

—Mi *mulak* —explicó Olaf— ha descubierto las huellas de un león. Creo que se nos presenta una oportunidad magnífica. Mañana podemos organizar una cacería.

Lowe añadió:

—Yo cargaré con la máquina portátil y serán unas secuencias muy buenas para el «tráiler».

Diana asintió entusiasmada.

—Me encantaría.

Sin embargo, se sentía extraña. A pesar de la alegría que le producía la perspectiva de la cacería, le resultaba molesto que hubiesen interrumpido su conversación con Richard.



Era parte del encanto de África

CAPÍTULO VI

FRENTE AL PELIGRO

El grupo de cazadores iba avanzando por la sabana. Contra el viento para no descubrirse al león, buscaban sus huellas, único medio de encontrarle.

En cabeza marchaba Fiorsen, con el rifle al brazo, en compañía de su *mulak* Buanga. Luego, seguían los otros acompañados de los rifleros.

Todos los miembros del equipo, excepto Tracy, dos técnicos y Moirah, se habían unido a la expedición. Armados de rifles de caza, iban a enfrentarse con el terrible rey de las fieras.

Era la primera vez que tomaban parte en una expedición de aquel tipo y se sentían un tanto nerviosos. Diana les fue observando lentamente.

Olaf y los negros avanzaban con la seguridad del hombre acostumbrado a aquellos menesteres. Los demás revelaban la inquietud que les dominaba. Will Lowe cargaba con una máquina portátil, para tomar las escenas de la cacería. Iba a resultar una propaganda magnífica para la película.

Se dio cuenta la muchacha que ni Preston ni Maxwell mostraban señales de la inquietud que a los otros dominaba. Ambos se mostraban serenos y sonrientes.

Fueron avanzando por la amplia sabana, buscando las huellas del león que les conducirían hasta la fiera.

Olaf alzó la mano, indicándoles que se detuvieran. Había llegado la ocasión en que debían desperdigarse para poderse enfrentar con el rey de los animales.

El cazador explicó:

—Hemos de colocarnos de modo que envolvamos al león. Este intentará escapar y entonces será el momento de matarle. Veremos quién tiene más suerte.

Todos se miraron con cierta inquietud, como deseando en el fondo no ser el afortunado. Diana pudo darse cuenta de nuevo que solo Maxwell y Preston seguían tan serenos como de costumbre.

Olaf fue distribuyendo los puestos de modo que no fuera difícil cazar a la fiera.

Diana debía colocarse detrás de un macizo rocoso, Preston a su derecha, junto a unos árboles, y Maxwell a su izquierda, detrás de

un arbusto.

Los demás se fueron distribuyendo de forma parecida. Lowe quedaría al lado del cazador para captar su imagen en el momento de disparar sobre la fiera. Fiorsen tendría buen cuidado de conseguir ser precisamente él quien matara al león. Era el único que conocía sus costumbres y quién dirigía la expedición. Arreglaría las cosas para conseguirlo. Además, procuraría que fuese precisamente delante de Diana. Quería, que ella le viera en su papel de auténtico cazador. Siempre había impresionado a las mujeres que formaron parte de las pocas expediciones que dirigió.

Todos se encaminaron a sus puestos. Edmund nada dijo, dirigiéndose hacia el lugar que le habían destinado. Diana corrió hacia el macizo rocoso y Richard se colocó tras los arbustos.

Maxwell siguió con la mirada la figura de la muchacha, que corría ágilmente hacia el lugar indicado.

Hubiera querido estar junto a ella. Sabía que la caza del león era peligrosa y, por tanto, estaría mucho más tranquilo si se encontrase al lado de Diana. Ciertamente, siempre deseaba estar con ella.

Preston, por su parte, se dio cuenta de que era fácil deslizarse hacia el macizo rocoso, de escasa altura, sin que nadie le viera. También él deseaba estar junto a Diana.

El día anterior la encontró hablando con el escritor. Edmund estaba acostumbrado a deslumbrar a las mujeres. Casi todas las artistas jóvenes con las que había trabajado se enamoraron de él. Pero en este caso no se encontraba tan seguro como creyó al principio.

Su primera reacción cuando le dijeron que tendría como oponente a una principiante, fue negarse, pero al verla todo cambió. Era una mujer extraordinaria. Una mujer como no había visto otra. Pero la influencia que sobre ella pudiera ejercer se veía aminorada por la presencia de Richard Maxwell. La personalidad de este era extraordinaria.

Le inquietaba el cuadro que vio el día anterior y aquella oportunidad...

Con cuidado para no ser visto, se encaminó hacia el macizo rocoso.

Diana descansaba entre las peñas, cubierta por el amplio sombrero, sujetando el rifle con mano febril.

A lo lejos, los negros iban golpeando tambores y alzando antorchas para asustar al león. Era el único medio de conseguir que saliera de su refugio para enfrentarse con los cazadores.

Distinguía a Olaf y a Lowe, preparados para sorprender a la fiera. Luego, la muchacha volvió la cabeza hacia el lugar donde debía encontrarse Maxwell. Estaba aún preocupada, sin poder analizar sus sentimientos. Pero Richard la atraía mucho...

—Hola, Diana.

Se volvió sobresaltada, encontrándose ante Edmund.

—Tu sitio no es este —dijo la muchacha.

Él se encogió de hombros.

—Donde tú estés, es mi sitio —hizo una pausa mientras se sentaba a su lado, y añadió—: No hago más que pensar en nuestra última escena de rodaje.

—¿Por qué? —indagó la muchacha.

Edmund sacó una pitillera, ofreciéndole un cigarrillo a Diana. Luego, ambos lanzaren una bocanada de humo al cielo y el joven añadió:

—Yo tengo experiencia como actor, pero me impresionó como trabajaste tú. Creo, y no intento adularte, que eres la artista más sensacional de cuantas han aparecido en la pantalla desde Greta Garbo.

Diana le contempló sorprendida. Aquello era muy interesante para ella. Todo quedó olvidado. De ser cierto, y un actor de la experiencia de Edmund podía saberlo, su carrera estaba hecha.

—¿No exageras?

—En lo más mínimo —la contempló, fijando en ella la mirada que tanto éxito le había cosechado en la pantalla, y añadió—: Además, no he conocido a nadie que lo mereciese tanto.

Diana se encogió de hombros. Estaba impresionada por lo que le habían dicho y no sabía aún qué iba a suceder.

—¿Por qué lo merezco?

—A mí me lo parece así. Quizá es porque se trata de ti y desde el primer momento advertí que eras distinta a las otras. Tú no eres una «cara nueva» más. Tú impresionas a todo el que está a tu lado.

Diana le miró sorprendida.

El actor continuó:

—Llevo bastantes años trabajando y he actuado junto a las mejores actrices del cine. También he conocido a las mujeres más famosas del mundo; famosas por su belleza o por su inteligencia o por su elegancia. Como tú, Diana, no he visto otra. Creo que no me he sentido atraído de verdad por ninguna mujer hasta que tú has aparecido en mi vida. Sé también que no volveré a sentirme atraído por otra porque tú has cambiado toda mi existencia.

Diana quedó perpleja. Eran demasiadas emociones en un solo

día. El actor continuó:

—Tú y yo nos comprendemos, Diana. Piensa lo que podríamos hacer juntos. Y nunca he deseado compartir mi vida con nadie como contigo.

La muchacha no sabía qué decir. Aquello, aunque no inesperado, era desconcertante.

No se dieron cuenta de que el león, impulsado por los negros, se lanzaba, oculto por entre la maleza, hacia donde se encontraban entonces. Deslizándose con agilidad iba a escapar por el macizo rocoso, intentando salvarse de aquel infierno de gritos y de fuego.

Saltaría sobre el macizo y, encolerizado como estaba, desgarraría a todo el que se opusiera a su paso.

Olaf no le había visto. El león había conseguido escapar a su atenta mirada.

Richard, con el rifle entre las manos, pensaba en Diana. Su vida había sido un tanto agitada, pero Diana le había hecho conocer el deseo de reposar. Con ella, ya no sentiría el deseo de lanzarse a la aventura. Era curioso que se hubiera enamorado de ella al verla. Aunque les interrumpieron el día anterior, la muchacha no había rechazado su declaración.

Sin embargo, esto no quería decir que le aceptase. Debía aclarar sus sentimientos. No era hombre a quién gustara la incertidumbre. Volvió la cabeza hacia el macizo rocoso. Diana se encontraba allí en aquel momento.

¿Qué pensaría y qué era lo que sentiría en su fuero interno? También estaba enamorado de ella Edmund Preston.

Esto nada tenía de particular, puesto que Diana era una muchacha extraordinaria.

De pronto, advirtió un movimiento sospechoso en la maleza. Aquello tan solo podía representar una cosa. Había una fiera que se acercaba hacia el lugar donde se encontraba la muchacha. Una fiera que podía herirla.

De un brinco, se lanzó en su ayuda. No podía tolerar que la acechase ningún peligro.

Avanzó a toda prisa, al tiempo que amartillaba el rifle. El movimiento se iba acercando al macizo. Se encontraba aún a demasiada distancia para poder disparar, y en caso de limitarse a herir a la fiera podía contar entre los muertos a Diana.

De pronto, Vio surgir al león de la espesura y, con increíble rapidez, saltar sobre el primer peñasco.

Diana desvió la mirada, sin saber qué actitud tomar. Edmund extendió una mano para estrechar la suya.

—¿Comprendes, cariño? —repitió el actor—. Íbamos a ser los reyes de Hollywood.

En aquel momento, se volvieron sorprendidos por un extraño rumor. Ante ellos, aunque a corta distancia, pudieron distinguir al león, a punto de atacarles.

Diana, horrorizada se cubrió la cara con las manos. Edmund, pálido, quedó inmóvil. Casi enseguida reaccionó. Era preciso disparar sobre aquella fiera antes de que las destrozase.

Pero los rifles se hallaban lejos de su alcance. Se dio cuenta de que él había abandonado la guardia y de que ambos, Diana y él, corrían peligro.

El león se encogió a punto de saltar. Unos segundos más tarde, la muchacha y él estarían destrozados, y víctimas de sus garras.

Richard se detuvo. El león se inclinaba entonces para saltar. Era el momento preciso para hacer fuego. Se hallaba precisamente en el límite del alcance de su rifle.

Se echó el arma a la cara y oprimió el gatillo.

La detonación retumbó sobre el griterío ensordecedor de los negros.

Richard accionó el cerrojo para disponerse de nuevo a disparar otra vez sobre el león.

De haberlo herido tan solo, habría sellado la suerte de la muchacha.

Pero la fiera saltó en el aire, dolorida sin duda, y luego se desplomó inerte.

Richard corrió hacia el macizo rocoso, donde yacía el león muerto.

Olaf y el resto de los cazadores corrían también a su encuentro, al darse cuenta de lo sucedido.

Richard saltó sobre las peñas, encarando el rifle a la fiera.

Entonces Vio a Edmund y a Diana que le contemplaban, pálidos aún por el miedo.

Sintió el joven como si una garra de hierro le abriese el corazón. Ellos estaban juntos, cuando él pensaba en ella.

Bajó el arma y dijo:

—Ya ha pasado el peligro.

Olaf llegaba entonces, al tiempo que preguntaba:

—¿Quién le mató?

Maxwell no respondió, pero no fue necesario que aclarase nada. Ni Preston ni la muchacha tenían el rifle en la mano.

Uyande, el otro *mulak*, se inclinó para examinar a la fiera. Luego exclamó en su inglés chapurreado:

—Simba³, tiro en cabeza. Buen tiro. Morir enseguida.

Fiorsen se volvió hacia el joven.

—Es usted un buen tirador. Por lo visto ha cazado en muchas ocasiones.

El joven asintió.

—Sí, en bastantes.

Lowe añadió:

—Haremos una fotografía de Richard junto al león. Será una publicidad magnífica.

Diana se pasaba la mano por la frente, aturdida aún por lo sucedido.

Luego, contempló al león y a Richard, que se mantenía inmóvil, con el rifle al brazo.

—Creí que nos devoraba.

Preston, no repuesto aún de la emoción, se puso en pie, tomando el arma, inútil ya.

Olaf se inclinó ante la muchacha, ayudándola a ponerse en pie.

—¿Se encuentra bien, *Miss Diana*? Todo ha pasado ya. No tiene que preocuparse.

La muchacha asintió. Larsen, dándose cuenta del estado en que se encontraba, propuso:

—Volvamos al campamento.

Fiorsen, sujetándola por el brazo, asintió.

—Sí, es lo mejor.

Maxwell, sin esperar la foto, siguió a los demás, sintiendo como si la fiera le hubiera dado un zarpazo en el corazón.

CAPÍTULO VII

SE REANUDA LA EXPEDICIÓN

En el campamento causó una gran sensación el regreso de los cazadores. Los negros prorrumpieron en gritos, por lo que temieron que Diana hubiera sido alcanzada por la fiera.

Tracy y Moirah acudieron, asustados.

Olaf sonrió, al tiempo que alzaba la mano para detenerles.

—No ha sucedido nada. *Miss Munro* tan solo ha recibido un susto muy grande. Esta tarde estará bien.

Fiorsen se sentía contento. A pesar de no haber él derribado al león, se había convertido en la figura principal del safari. Preston, que siempre procuraba atraer la atención de la artista, se encontraba cohibido por su poco afortunada intervención en la caza. Richard, que fue el verdadero héroe, se había retirado a segundo plano. Para el escandinavo era aquella una situación ideal.

Sentía entre sus brazos el contacto suave y cálido del esbelto cuerpo de la muchacha. La pasión que ya por ella sentía, iba aumentando por momentos.

Moirah se dispuso a hacerse cargo de la muchacha, pero Fiorsen sonrió, diciéndole:

—Yo mismo la llevaré a su tienda. No se preocupe.

La alzó en vilo, transportándola hasta su alojamiento.

Yasmina, oculta tras un matorral, lo presenciaba en silencio.

Olaf salió de allí, aspirando hondo. Le parecía sentir aún el perfume de la muchacha, aquel perfume que le enloquecía.

Richard se apartó de los demás. Él también deseaba estar a solas. También él deseaba encontrarse alejado del bullicio.

La escena que descubrió al matar al león no se apartaría nunca de su mente. Diana y Edmund procuraban reunirse cuando nadie los veía. Era tan solo una sensación de culpabilidad lo que podía impulsarles a ello. De otro modo, ¿por qué habrían de ocultarse?

Richard deseó no haber sido nunca contratado por Larsen y por Warner. Entonces, no hubiese conocido a la muchacha. Era como tantas otras mujeres que gozan sintiéndose admiradas por los hombres y subyugándoles con toda su belleza. Pero en el fondo, como tantas otras, tan solo se rendía al que, con su fama, podía apoyarla en su carrera.

Él, como un estúpido sentimental que era, había incluso

pensado en el matrimonio. Lo mejor, se dijo, sería abandonar Hollywood y el cine para siempre y volver a su antigua vida.

Volvió la vista a la selva, ansiando internarse en ella.

Sabía que, a pesar de ser muy fuerte su voluntad, no podría arrancarse el amor que por Diana había nacido. Seguiría allí, firme y cada vez más fuerte, avivado por la presencia de aquella muchacha cautivadora.

Pero si no podía matar su amor, sí podía impedir que ella se diera cuenta. Él también sabía fingir, y la muchacha jamás descubriría lo que él estuvo a punto de proponerle.

Era ya tarde. Los negros saludaban la noche reuniéndose en torno a las fogatas y entonando sus canciones, en cuya letra, improvisada sobre una tonada monorrítmica, iban relatando los acontecimientos del día. Entonces, referían que *bwana* Richard había matado a simba, salvando a la *mensahib* y a *bwana* Edmund.

Diana, tendida en el camastro de la tienda, recordaba el momento en que Maxwell había matado el león. El pulso le latía con más fuerza y sentía aún el horror de aquel momento.

Recordaba perfectamente los ojos fosforescentes de la fiera y sus colmillos amarillentos que se mostraban en un gesto cruel y salvaje. Estuvo a punto de morir. Richard la había salvado. Ella le debía la vida.

Quería decírselo y explicarle también que a su lado sentía un extraño alivio.

Moirah se acercó, advirtiéndolo:

—No te muevas aún. Es preferible que descanses.

Diana contempló la entrada de la tienda, por la que se veía el cielo enrojecido del crepúsculo.

—Está anocheciendo —exclamó sorprendida.

—Sí, te dormiste. Era lo mejor para descansar.

Se oyeron unos pasos sobre los matorrales y una alta figura se detuvo en el umbral de la tienda.

—¿Cómo se encuentra, *Miss* Munro? —indagó la voz de Fiorsen.

La muchacha procuró sonreír.

—Mucho mejor. Gracias.

El escandinavo entró en la tienda descubriéndose.

—A cualquiera le hubiese sucedido lo mismo —explicó—. Más vale que descance. Debe calmarse los nervios.

Diana asintió, al tiempo que el cazador añadía:

—Si en algo puedo ayudarla, sea lo que sea, dígamelo.

Luego, volvió a salir de la tienda.

Apenas la había visto porque el interior de la tienda estaba en

sombras, pero había podido distinguir la figura de la muchacha tendida sobre el camastro. Su perfume se extendía por toda la tienda y el cazador se estremeció.

Aquella mujer le enloquecía.

Siguió adelante, pensando en ella y en el modo de conseguirla.

De pronto, una esbelta figura surgió de entre la espesura, cerrándole el paso. Fiorsen, sorprendido, dio un paso atrás. Luego la reconoció.

—Yasmina.

La mestiza le contempló con ojos que parecían brillar como los de un felino.

—Olaf —dijo en voz baja—, ¿dónde has estado tú?

Fiorsen se dio cuenta de que ella había advertido su pasión por Diana. No estaba acostumbrado a que nadie se interpusiera en sus propósitos ni tampoco a dar cuentas a nadie de sus actos. Yasmina había sabido cautivarle siempre, pero entonces tan solo pensaba en Diana.

—No te importa ni eres quién para preguntármelo.

La mestiza se acercó a él. Sus facciones estaban crispadas por los celos.

—Olaf, tú mío. Deja *mensahib* rubia.

Fiorsen respondió:

—Tengo demasiado trabajo para perder el tiempo contigo.

De un empujón la apartó, encaminándose hacia la tienda de Larsen. Yasmina quedó sola, siguiéndole con la mirada. Nunca el cazador la había tratado así. Ciertamente era brusco e incluso brutal. Pero nunca fue capaz de desprenderse de ella. Yasmina supo siempre que le tenía subyugado. Entonces, por el contrario, al cazador tan solo pensaba en aquella mujer de cabellos rubios. Esta podría retenerlo a su lado tanto como deseara.

La mestiza sintió cómo las garras de los celos se clavaban en su pecho. Aquel hombre la colmaba de regalos y la había convertido en reina de su pequeña *kraal*⁴.

Yasmina no estaba dispuesta a perder aquella envidiable posición. Su temperamento volcánico y apasionado le inspiraría cualquier venganza salvaje.

En el interior de la tienda, Diana se volvió hacia Moirah.

—No me he dado cuenta de que el tiempo ha pasado. ¿Vino alguien a verme mientras dormía?

—Sí, Edmund, Larsen, Lowe y Tracy.

La muchacha se sintió un tanto defraudada.

—¿Y nadie más?

Moirah respondió:

—Nadie más.

* * *

Estaba el sol muy alto cuando un negro extendió el brazo, al tiempo que gritaba algo en su idioma.

Buanga advirtió:

—*Bwana* Fiorello viene.

Corrieron todos hacia el límite del campamento, descubriendo las figuras de los componentes del safari. En cabeza marchaban Warner y el mulato. Luego, seguían los portadores y el *mulak*.

Corrieron todos a su encuentro. Los negros tomaron las armas del mulato y del americano, mientras este último saludaba a sus amigos. Fiorello buscaba a Yasmina con la mirada.

La mestiza contemplaba a Fiorsen, que no le hacía ningún caso.

Jess sonrió, aceptando un refresco que le tendía su ayudante.

—Hemos encontrado todos los escenarios que nos hacían falta. Traemos las fotos. Que las revelen enseguida y veréis qué maravilla —hizo una pausa, añadiendo—: La cascada que tú señalas para la escena ciento veinticinco es magnífica Richard.

Maxwell asintió.

—A mí me basta tu palabra. ¿Por qué no partimos enseguida?

Todos le miraron con cierto estupor. Larsen replicó:

—Han de descansar y, por otra parte, hay que organizar la guardia de este campamento. Aquí quedarán los «jeeps» y los camiones. En la selva deberemos ir a pie.

Richard asintió.

—Lo comprendo.

Warner seguía entusiasmado con los panoramas descubiertos.

—Tuviste una gran idea al aconsejarnos que viniéramos a Tanganika, Richard —dijo—. Será la mejor película Africana de cuantas se han rodado.

Maxwell no contestó. Pero Fiorsen y Edmund le contemplaron con cierto asombro. Por lo visto, era aquel el hombre que decidía en aquella expedición. Diana también le contempló asombrada.

Richard no había jamás explicado la influencia de sus consejos ni tampoco que era él quien más podía pesar en el ánimo de los productores. La muchacha no había podido hablar con el joven. Deseaba revelarle cuánto agradecía su ayuda y que no ignoraba que le debía la vida.

Desde que mató al león y desde que tuvieron su última entrevista, la muchacha veía a Richard con un aspecto

completamente distinto. En un principio, le pareció un muchacho agradable, cuya compañía le resultaba extraordinariamente atractiva. Entonces, le veía como a un hombre dominador, capaz de vencer siempre en todos los puntos difíciles.

Pero él no le hacía el menor caso, como si no se diera cuenta de que ella existía.

No dejaba de defraudar a Diana que fuera el único que no se interesó por ella la tarde anterior, mientras dormía.

Entonces, estaba decidida a hablarle.

No era rencorosa ni altiva. Pero debía buscar una oportunidad.

Al anoecer estaban reveladas las fotografías que trajo Larsen. Los escenarios eran magníficos y ofrecían una oportunidad enorme al operador. Lowe estaba entusiasmado.

Durante la cena, hablaron de la expedición, al interior de la selva. Calcularon los negros que debían quedarse allí y el número de blancos que debían estar al mando. Tanto Fiorello como Fiorsen debían acompañarles. Uno de los *mulak* bastaba para dominar a los negros. Quedarían dos miembros del equipo técnico que no eran necesarios durante el rodaje de exteriores.

Olaf agregó:

—Yasmina también puede quedarse.

Nadie se opuso. El cazador sonrió satisfecho. Era un modo de desembarazarse de ella.

CAPÍTULO VIII

SENTIMIENTOS OPUESTOS

Richard encendió un cigarrillo, disponiéndose a pasear por los alrededores del campamento. Se sentía inquieto e incapaz de dormir. Diana estaba aquel día mucho más hermosa de lo que podía imaginar. Todas las fibras de su ser le impulsaban a acercarse a ella. En dos o tres ocasiones pudo darse cuenta de que ella le miraba e incluso sus pupilas se encontraron. Ella había sonreído y él sintió como si el corazón se le encogiera. Su instinto le impulsaba a acercarse a ella, pero su voluntad le separaba de la muchacha.

Todo estaba en sombras y no tenía sueño. Su propia desesperación le impedía dormir.

Echó a andar, al tiempo que se llevaba el cigarrillo a los labios. De súbito, una voz femenina, que le hizo estremecer, exclamó:

—Richard...

Se volvió lentamente. Diana se acercó a él. Su figura bañada por la luna tenía un encanto casi irresistible. Tan solo haciendo acopio de toda su decisión pudo impedir el joven sus deseos de estrecharla entre sus brazos.

—¿Qué quieres? —indagó.

Diana le contempló un tanto extrañada. No comprendía aquella frialdad en su expresión ni el tono impersonal de su voz.

Sonrió, sin querer desanimarse, y dijo:

—He de darte las gracias, Richard.

Él sonrió, llevándose el cigarrillo a los labios con una gran serenidad.

—No vale la pena.

Diana le miró sorprendida.

—¿No vale la pena que me salvaras la vida?

Maxwell lanzó una bocanada de humo, añadiendo:

—No es eso, naturalmente. Se trata tan solo de que cualquiera hubiera hecho lo mismo. Y, además, resultó una buena publicidad para la película.

Diana le contempló sorprendida. ¿Era posible que se tratara de un ser tan egoísta?

Nada había entre los dos, pero la joven había creído descubrir sus sentimientos. Por otra parte, ella se sentía bien a su lado... Y desde que él la salvó, pensaba mucho en Richard. Recordaba

muchas cosas de las que había dicho y de las que había hecho. Se daba cuenta de que su personalidad los envolvía a todos y de que tan solo su decisión les había salvado en dos ocasiones. En aquel momento, al ver la actitud fría del joven, le parecía sentirse desvalida.

Quiso aún hacer un esfuerzo. Recordaba las palabras de él la noche antes de la cacería. Fue tan solo dos días antes, y ya parecía que un mundo les separase.

—Quería darte las gracias por haberme salvado la vida, Richard.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo. Simplemente, yo tuve la oportunidad. No iba a dejar que el león matara a un ser humano.

Diana abatió la cabeza. Fue una tontería crearse ilusiones acerca de aquel hombre.

Al fin y al cabo, las palabras de él no decían nada y ella las debió entender mal. Pero hasta aquel momento no se dio cuenta de que había esperado algo, algo que ya no sería nunca.

—Que descanses, Diana —dijo el joven, reanudando su paseo.

La muchacha le vio alejarse, con una mirada triste mientras sentía un sabor amargo en la boca. La hercúlea figura de Maxwell se destacaba bajo la luz de la luna.

Junto a la puerta de su tienda, encontró a Edmund, que la esperaba. La muchacha le contempló sorprendida.

—¿Qué haces aquí, a estas horas?

Preston, con una sencillez y una gravedad hasta entonces desconocidas en él, exclamó:

—He venido a pedirte perdón, Diana.

—¿Perdón? —repitió ella, sorprendida—. ¿Por qué? El actor hizo un ademán de desaliento.

—Por un error mío estuviste a punto de morir.

Diana se sintió aliviada por este interés que el artista, el más famoso del mundo, sentía por su seguridad. Sonrió, apoyándole una mano en el brazo.

—Por favor, Edmund, no te tortures. Pudo haberle ocurrido a cualquiera. Tú no pretendías causarme ningún daño.

Edmund apoyó la diestra sobre la mano de la muchacha, diciéndole con inesperada sinceridad:

—Al contrario, Diana. Sabes muy bien que lo único que deseo es tu felicidad. Buscaba una ocasión para hablar contigo a solas y creí que aquella era la mejor.

Diana asintió, sin retirar la mano.

—Lo sé, Edmund.

Él la contempló con fijeza, para decir luego:

—Todo lo que te dije durante la cacería es cierto. Quiero que sepas que yo...

Diana retiró la mano, al tiempo que exclamaba, interrumpiéndole:

—Por favor, Edmund. No digas nada más. Sé lo que sientes y no sabes el bien que me haces. Pero no insistas, de momento.

—Como quieras. Buenas noches, Diana.

La joven entró en la tienda, escuchando cómo se alejaban los pasos del actor. Luego, se tendió en el camastro, encendiendo un cigarrillo en la oscuridad.

Sí, Edmund no le había ocultado sus sentimientos desde un principio. El día de la cacería se había declarado con toda formalidad. ¿Por qué no? A sí misma se repitió la pregunta. ¿Por qué no aceptarle? Todos le habían puesto en guardia contra las veleidades del artista. Pero hasta entonces semejaba mucho más sincero que el otro. Y había algo más que hasta entonces no había revelado a nadie.

Cuando aún estudiaba y comenzaba a sentir la afición por el cine, Vio una de las primeras películas de Edmund Preston, entonces un joven galán. Estaba muy gallardo con su uniforme de paracaidista. Se había enamorado de él. Ciertamente que al poco tiempo se reía de esta pasión, pero no sería muy difícil que con las atenciones de Edmund volviera a revivir. No comprendía el motivo de que se hubiera interesado tanto por Richard. Aquel hombre frío y calculador, que nunca decía lo que pensaba, la había impresionado con dos o tres rasgos que en realidad revelaban su temperamento incapaz de emocionarse.

* * *

En otro extremo del campamento, dos personas se encontraban también entonces impulsadas por sentimientos contradictorios.

Yasmina había detenido a Olaf cuando este llegaba junto a su tienda.

—Tú no quieres que yo vaya en safari.

Fiorsen la miró con poca simpatía. La insistencia de la mestiza, que antes tanto le halagaba, comenzaba a serle molesta.

—Será muy pesado el viaje —explicó el escandinavo—. Es mejor que te quedes.

Yasmina dio un paso al frente, acercándose al cazador.

—Tú quieres estar solo con la *mensahib* rubia.

Ante aquella abierta acusación, se indignó Fiorsen.

—Déjame en paz —ordenó—. No estoy dispuesto a soportarte.

Sabes que tengo poca paciencia y que sé domar a las fieras.

Yasmina seguía mirándole con ojos llenos de pasión y de celos.

—Olaf —dijo—, yo iré contigo. Tú, mío.

Fiorsen la sujetó del brazo, enfurecido, al tiempo que la zarandeaba y le decía:

—Harás lo que te digo yo. No te permito que me desobedezcas.

Yasmina gimió, ante el brazo retorcido, pero sus manos, de uñas afiladas como garras, se clavaron en la carne del sueco. Este profirió una maldición al tiempo que la arrojaba al suelo de un empujón. Iba a golpearla de nuevo, cuando la voz de Fiorello le contuvo:

—Déjala.

El sueco se volvió furioso contra su socio, pero la expresión del mulato no le pareció muy tranquilizadora. Sabía que estaba enamorado de Yasmina y también que la sangre somalí y la italiana era peligrosa si sus celos alcanzaban un grado muy fuerte.

—Vete —ordenó a la mestiza. Luego entró en la tienda, al tiempo que decía—: He de hablarte, Fiorello.

Se sentó en el camastro y aspiró hondo. Luego, a modo de excusa dijo:

—El safari por la selva no es para mujeres. Yasmina estará mejor aquí.

El mulato le miró con fijeza.

—Tal vez, pero si alguien le hace daño a Yasmina, yo me sentiría capaz de matarle.

Fiorsen no respondió. Prefería no provocar al mulato. Este le era muy útil y confiaba en retenerle a su lado, al permitirle que se quedara con la mestiza.

—En nuestro viaje —explicó—, nos hemos acercado al *kraal* de Libakua. Cuando estemos rodando nos será muy sencillo irle a visitar. Nos conviene. Dentro de poco pasaremos una expedición de alcohol —sonrió, añadiendo—: Ha sabido desenvolverse bien. Venció a todos los aspirantes a suceder al difunto Zuara. Ahora se hace llamar Zagua en honor al rey muerto.

Fiorello asintió.

—Sí, nos será muy sencillo. Hasta ahora —añadió— las autoridades no sospechan de él.

—La prisión de la que escapó Libakua está en una zona distinta. El capitán Howard no sabe nada de Zagua. Puede creer que es un negro decidido que se ha hecho rey.

El mulato asintió.

—¿Y no tienes ningún otro propósito? —preguntó de pronto.

Sorprendido por la pregunta, el sueco tardó un instante en

responder. Luego agregó, riendo:

—Para ti serán beneficiosos, Fiorello.

CAPÍTULO IX

EN LA SELVA

Cuando iban a partir, Yasmina corrió a echarse a los pies de Larsen.

—*Sahib* —exclamó, empleando el tratamiento hindú—, yo quiero ir en safari.

Todos la miraron con extrañeza, sin comprender a qué venía aquella petición.

Larsen se volvió hacia Olaf:

—¿Qué significa esto?

El cazador, conteniendo su indignación, añadió:

—Esos mestizos son testarudos. Le dije que era mejor quedarse aquí, pero insiste en acompañarnos. Tiene miedo.

De buena gana la hubiera abofeteado, pero Fiorello no lo hubiese consentido y, además, no le convenía dar un espectáculo semejante en presencia de Diana.

Yasmina, de rodillas aún, insistió:

—Yo ir en safari, *sahib*.

Larsen la ayudó a levantarse. En realidad, él no quería complicaciones y si el cazador creía conveniente que aquella atractiva mestiza se quedara en el campamento, debía hacerse.

—No nos conviene que vengas —explicó—. El viaje es muy pesado. Estarás mejor aquí.

Yasmina rogó:

—Yo venir. Yo fuerte, más fuerte que ella —dijo, señalando a Diana.

Esta creyó haber comprendido. Las miradas furiosas de Olaf y las que la mestiza le dirigía eran bastante claras. Seguramente, se dijo, el cazador no quería exponer a Yasmina a los riesgos de un viaje por la selva, pero ella prefería lógicamente seguir a su lado.

—Creo que tienen razón —dijo, convencida de que les estaba ayudando—. Yasmina parece fuerte. Puede venir como doncella mía.

Larsen se encogió de hombros.

—Bueno, como quieras, Diana.

Yasmina se volvió, mirando con inquietud a la artista. Se preguntó qué era lo que pretendía al invitarla. ¿Desearía quizá humillarla empleándola como sirvienta? Sin embargo, estaba

decidida a ir. De este modo les podría vigilar mejor.

Se acercó a Diana, diciendo:

—Gracias, *mensahib*.

* * *

La expedición iba avanzando por el corazón de la selva.

A lo lejos quedaban aldeas saqueadas, que eran pasto de las llamas. Los guerreros de ébano, entre grandes gritos de júbilo blandían el fruto de la rapiña mientras los cautivos, empujados a golpes de lanza, debían cargar con el botín de los vencedores. Las cautivas eran azuzadas por sus captores, que las contemplaban con expresión de codicia.

En cabeza, Libakua, con el manto de leopardo y la corona de plumas de avestruz, símbolo de su rango, sostenía el rifle con la mano derecha al tiempo que contemplaba a su tribu, a la que había convertido en la más fuerte de todo el territorio.

Eran ya varias las expediciones que, como aquella, había realizado con el pretexto de la caza, y que él convirtió en expediciones guerreras.

Su prestigio era grande dentro del *kraal*. Con ayunada de Fiorsen había alcanzado aquel puesto y estaba seguro de que al cabo de algún tiempo iba a conseguir la supremacía en toda la selva.

Sabía que el capitán Howard, jefe militar del territorio, acabaría por interesarse en lo que estaba ocurriendo, pero si no lograba engañarle, siempre podría escapar con lo que había ganado. El Congo Belga no estaba lejos. Para Libakua, convertido en Zagua, era aquello un viaje sencillo.

Sus hombres cantaban, sintiéndose orgullosos de lo que habían hecho. Los cautivos sufrían los golpes de las lanzas y de las mazas, mientras las mujeres gemían bajo los malos tratos de sus captores.

No lejos, se encontraba ya el *kraal* de Zagua. Se advertían las cúpulas cónicas de las chozas y la empalizada que las rodeaba.

Los vigías les habían descubierto y comenzaban a sonar los tambores, mientras las mujeres y los niños acudían, presurosos, avisando a todos aquellos que no habían tomado parte en la expedición.

La táctica de Zagua había sido astuta. Primero, tan solo dio algunos golpes de mano con un grupo de leales. Excusó su proceder diciendo que habían sido atacados. Pero entonces había realizado una incursión de mucha mayor envergadura.

En el poblado le recibirían como a un rey vencedor.

Era agradable sentirse soberano.

Al instante, los guerreros de la expedición, blandiendo sus lanzas y sus mazas, comenzaron a entonar un cántico exaltado en el que iban relatando las incidencias de la expedición y en el que alababan el valor de Zagua, que con su rifle se hacía invencible.

Entraron en el *kraal*, aclamados por los que allí les esperaban. De las chozas iban saliendo más viejos y más niños, mientras las mujeres comenzaban a bailar y a cantar al son de los tambores, que batían incesantemente junto a los ídolos.

Libakua avanzó hacia su choza, hinchando el pecho con orgullo. Los hechiceros y los viejos de la tribu se inclinaban ante él, sintiendo que despertaba en ellos el sentimiento guerrero de sus antepasados, que las autoridades blancas habían acallado.

La imagen del botín y de los cautivos les dominaba a todos.

Libakua alzó la mano.

—Aquí tenéis el botín. También tenéis los esclavos. Zagua os los regala. Somos invencibles. La guerra nos obedece porque tenemos el arma de los blancos y nuestros diosas vuelven a admirarnos.

Se oyó un griterío salvaje, al tiempo que los tambores batían de nuevo. Las mujeres comenzaron a danzar, siguiendo el ritmo de la música con sus movimientos. Los hombres iban cantando una exaltación de su nuevo rey. Una voz profunda y grave entonaba una estrofa en la que se elogiaba a Zagua. Luego, el coro de guerreros le imitaba.

Todos iban blandiendo las lanzas, como si repitieran sus acciones en el combate.

Las mujeres, al evolucionar, remedaban los movimientos de los que combatían y de los que caían presos. Poco a poco, se iba extendiendo la excitación por entre los negros. Se oían gritos penetrantes y exaltados. Se advertía en sus rostros que se acercaban al paroxismo del entusiasmo.

Algunas mujeres cayeron en trance, echando espuma por la boca, mientras en tierra se retorcían y gritaban como posesas.

Libakua señaló entonces a los prisioneros.

Con un alarido feroz, los hombres y las mujeres se lanzaron sobre ellos, blandiendo las armas.

A golpes de lanza, derribándoles al suelo, les fueron arrastrando hacia una de las chozas. Las mujeres sujetaron por el pelo a algunas de las prisioneras, arrastrándolas por el suelo y golpeándolas sin piedad.

Muchas de ellas, que estrechaban a los hijos entre sus brazos, fueron separadas de estos. Sus gritos de desesperación se alzaban

hacia el cielo.

Libakua contemplaba en silencio aquella escena provocada por él.

Las esclavas serían vendidas, junto con los cautivos, a las tribus de más al sur. No era difícil hacerles desaparecer. Nadie iba a saber nunca lo que allí había pasado.

De improviso, un guerrero alto y fuerte avanzó hasta el centro del poblado, seguido por un grupo.

Contempló lo que estaba sucediendo y exclamó, alzando las manos:

—¡Deteneos, deteneos!

Muchos se volvieron para mirarle, sorprendidos.

El guerrero avanzó hacia Libakua, contemplándole cara a cara.

—Has asaltado otra aldea. Cuando nos dijiste que te habían atacado, era mentira. Has asaltado otro pueblo y has traído aquí los cautivos.

Libakua alzó el rifle, al tiempo que con la mano izquierda se golpeaba el pecho.

—Yo soy Zagua, vuestro jefe. Yo no miento. ¿Quién dice lo contrario de lo que he hablado?

El otro negro señaló la selva.

—El tam-tam lo ha contado ya. Dice que Zagua ha asaltado pueblos y se ha llevado esclavos. El tam-tam contará a *bwana* Howard lo que tú has hecho, Zagua, y *bwana* Howard vendrá con sus guerreros a castigarnos a todos.

Libakua saltó hacia adelante.

—Tú mientes, Bielgo.

Pero en aquel instante, se oyó claramente el batir de un tam-tam que iba esparciendo, a modo de telégrafo, la noticia de lo que habían hecho los guerreros de Libakua.

Todos se miraron con inquietud.

Aquello llegaría a oídos del capitán Howard y entonces no habría salvación para ellos.

Libakua también se dio cuenta de lo que estaban pensando. Bielgo se irguió, desafiador.

Había sido uno de los aspirantes a heredar al cabecilla muerto y entonces volvía a ver la oportunidad de desbancar a Zagua.

—Tú nos has traído la desgracia. Vendrán los askaris⁵. *Bwana* Howard castiga a los culpables. *Bwana* Howard protege a los justos. Tú nos has convertido en culpables.

Libakua se estremeció. Sabía que en aquel momento todos le miraban, esperando una decisión.

Cierto que podían huir hacia la frontera del Congo, pero se negarían a abandonar su *kraal*. Por otra parte, el capitán Howard les inspiraba un temor casi supersticioso.

Tomó una lanza de uno de los guerreros que se encontraban a su lado y la arrojó con fuerza sobre Bielgo. El arma se hundió en el pecho de su enemigo. Este lanzó un alarido de muerte llevándose las manos al asta que salía de su cuerpo.

Libakua hizo una seña, mostrando a los hombres que acompañaban a Bielgo. Sus guerreros se lanzaron sobre ellos, dispuestos a acuchillarles.

La refriega fue breve. Abrumados por la superioridad numérica, se vieron rodeados y dominados por sus enemigos, que les derribaron con sus lanzas.

Luego, Libakua señaló a los muertos y preguntó:

—¿Quién asaltó las aldeas?

Todos respondieron a coro:

—¡Bielgo y sus guerreros!

Libakua sonrió. De momento, había conjurado el peligro.

CAPÍTULO X

HOMBRE DESCONOCIDO

El safari seguía adelante. Los negros cargaban con los equipos y con los fardos de la expedición.

En cabeza marchaban Fiorsen y Buanga, en compañía de Larsen, de Warner y de Maxwell. Todos los blancos cargaban con su rifle, preparados para hacer frente a cualquier contingencia.

El peligro de animales salvajes les amenazaba, como siempre.

Moirah y Diana marchaban en el centro de la columna, más protegidas allí y bien guardadas por los negros y por sus compañeros.

Preston procuraba siempre colocarse junto a la actriz, intentando con su comportamiento hacer olvidar su error del día en que el león les atacó.

La marcha por la selva era dura y cansada. Diana se sostenía, a pesar de todo, confiando en llegar pronto al lugar donde establecerían un nuevo campamento.

Pero Diana no quería dar muestras de cansancio. Todos soportaban como podían las incomodidades del viaje. Y ella no quería ser menos. Tampoco quería mostrarse como otras artistas que no daban ninguna facilidad en el trabajo.

Quería demostrarles a todos que era capaz de aguantar igual que los demás, especialmente a Maxwell.

Richard se comportaba de un modo extraño.

Siempre parecía de buen humor, animando a los demás. Todos se hallaban pendientes de él. Parecía que fuera el guía del safari. Su personalidad se había agigantado desde que entraron en la selva y era él quien les gobernaba. Entonces se preguntó la muchacha si no les habría gobernado siempre.

Pero, a pesar de su evidente buen humor, la muchacha creía advertir una nota crispada en sus nervios, una nota áspera y dura, cuyo origen no podía adivinar. Se desesperaba por sentirse tan interesada por aquel hombre, que no le hacía el menor caso.

Preston se sentía satisfecho. También él había cambiado. Ya no era el artista fatuo. Se trataba de un hombre sencillo que procuraba cuidar de Diana. Se daba cuenta de que ya no tenía competidor, pero también veía que ella no le daba una respuesta a lo que él pretendía.

Sin embargo, no desconfiaba. Su nueva actitud le había dado mucho mejor resultado, y hasta que volvieran a la civilización seguiría adoptándola.

Yasmina también había cambiado mucho.

La *mensahib* rubia no pretendía ofenderla, ni tampoco sentía interés por Fiorsen. Cuando este se acercaba a hablar con ella, le respondía con sencillez, sin el menor asomo de coquetería.

Por su parte, Richard procuraba mantenerse apartado de la muchacha. Preston estaba con ella a todas horas. Resultaba bien claro lo que descubrió el día de la cacería. No quería importunarles ni darle a ella ocasión de que se burlase de él. Pero no había podido arrancarle de su pensamiento.

De improviso, comenzó a oírse el batir de un tam-tam. Fiorsen se volvió hacia sus compañeros.

—El telégrafo de la selva —dijo con inquietud.

Los negros se miraron temerosos. Su paso se hacía más lento y más indeciso.

De pronto, uno de ellos arrojó al suelo su carga, mientras comenzaba a gritar como desesperado. Los *mulaks* se acercaron, intentando obligarles a que tomaran de nuevo los fardos, pero uno a uno iban arrojando la carga y uniéndose al que inició la protesta. Todos hablaban a la vez, tendiéndose algunos en el suelo.

Por encima de sus gritos, seguía oyéndose el batir continuo del tam-tam, cambiando de ritmo, de sonido y de intensidad. Cada uno de sus golpes representaba una palabra que los negros comprendían muy bien.

Diana miró asombrada a los negros, sintiendo una súbita inquietud. ¿Qué les podía suceder?

Preston se acercó, apoyándole la mano en el brazo.

—No te asustes, Diana.

Esta indagó, sorprendida por lo que estaba sucediendo:

—¿Pero qué les ocurre a los negros?

Fiorsen explicó entonces:

—El tam-tam avisa que Zagua, un jefe de *kraal*, se ha sublevado, asaltando aldeas y poblados. Temen nuestros portadores que nos capturen y que nos conviertan en esclavos.

Los blancos sintieron que un estremecimiento les recorría la espina dorsal.

Larsen exclamó:

—¿Qué vamos a hacer?

Todos, instintivamente, volvieron los ojos hacia Richard Maxwell. Este, con el amplio sombrero ladeado, el rifle al hombro

les contempló un momento.

—Debemos seguir adelante.

Fiorsen contuvo una sonrisa de satisfacción. Aquello convenía a sus planes.

Preston, muy sorprendido, repitió:

—¿Seguir adelante?

—Sí —dijo Richard—; nos hallamos muy cerca de las cataratas. Volver atrás significa exponernos a un grave peligro mientras vamos de marcha. Llegar allí es más fácil, y una vez acampados podremos defendernos de los que nos ataquen. Somos una expedición numerosa y vamos bien armados. No creo que haya peligro. Mientras, las autoridades pueden encargarse de ese reyezuelo.

A todos les pareció bastante convincente la razón, pero Edmund negó con la cabeza.

—Esto es suicida. Quieres exponer a Diana a un grave peligro. Mientras estemos en la selva, el enemigo puede atacarnos.

Richard no se alteró al oír el nombre de la muchacha. Diana se dio cuenta, sintiendo una súbita tristeza.

—Una vez acampemos, podremos defendernos mejor. Rehacer todo el camino que hemos cubierto nos colocará en situación más difícil. Es preferible seguir adelante.

Edmund negó con la cabeza.

—Hace falta estar loco. Los mismos portadores se niegan a continuar. Nos iremos. Si tú pretendes sacrificarnos a todos para conseguir un triunfo, yo pienso en las mujeres.

—Te he dicho que hay menos peligro una vez hayamos acampado. Por las fotografías, se comprende que las cataratas están despejadas de vegetación y que será fácil montar un campamento. No correremos peligro de vernos envueltos en una emboscada. Podemos, además, establecer alguna defensa.

—¿Y hasta cuándo hemos de seguir allí?

Richard iba perdiendo la paciencia. Señaló hacia la lejanía, donde se oía el tam-tam, y agregó:

—Aquí hay autoridades. Ellos también oirán la noticia y acudirán a reducir a los sublevados. Podemos resistir hasta entonces, pero si continuamos por la selva, seremos asesinados. Esta es la razón por la que insisto en que sigamos adelante.

Pero Preston no quería escucharle.

—Es una locura seguir adelante. Lo único que vas a conseguir es que nos asesinen.

Fiorsen quedó pensativo. Tampoco sería mala solución regresar. Si desaparecían él y Diana, nadie dudaría de que les habían

asesinado los negros.

—Si estás loco, si prefieres que todos muramos para satisfacer tu deseo, yo no tengo la culpa.

Richard le contemplaba en silencio. Diana se dio cuenta de que era amenazadora su expresión. Ambos eran fuertes. ¿Qué iba a suceder? Si se peleaban, ¿qué actitud tomarían los portadores?

De súbito, Richard sujetó a Preston por la camisa y le atrajo hacia sí, mirándole a la cara.

—¡Cállate! —ordenó—. ¡Cállate!

Fiorsen contuvo su júbilo. Si se peleaban, los portadores echarían a correr. Sería todo mucho más sencillo. Zagua le ayudaría. Se daba cuenta de que aquel americano era mucho más peligroso de lo imaginado.

Preston no pudo contenerse y alzó una mano. Si comenzaban a golpearse, se dijo el escandinavo, todos los portadores huirían.

Pero Richard se limitó a descargar un seco golpe con el canto de la mano en el hombro de su rival. Edmund se dobló sobre sí mismo, llevándose la diestra al lugar dolorido. Entonces, Richard ordeno a Larsen y a Tracy:

—¡Sujetadle! —Luego, se volvió hacia Fiorsen—: Que carguen los negros otra vez los lardos.

La intervención de Maxwell había sido tan rápida, que nadie pudo impedirlo.

Edmund seguía gimiendo, sujeto por sus dos compañeros que no osaban desobedecer a Maxwell.

Diana le contempló estupefacta. Su personalidad y su criterio se imponían sobre todos. Le irritaba el modo como había tratado a Edmund, pero creía que Richard estaba en lo cierto.

Fiorsen se acercó a los negros. No le convenía mucho que el proyecto de Maxwell se realizara, pero tampoco le interesaba demostrarlo. Si los portadores huían, le resultaría todo mucho más fácil. El único que conocía el camino era Fiorello, pero el mulato tendría a Yasmina y no se preocuparía de perseguirle.

Se acercó a los portadores, hablándoles sin entusiasmo. Les gritó algo, pero ellos siguieron negándose con la cabeza. El cazador tomó un látigo y comenzó a repartir golpes. Pero los negros se limitaban a cubrirse con los brazos y a negar con la cabeza, mientras gemían.

Diana, con un grito de horror, volvió la cara hacia Moirah.

—Es horrible.

En aquel momento, Richard exclamó:

—¡Deje de pegarles, Fiorsen! —Avanzó decidido hacia ellos y les

contempló un instante. Luego ordenó a Uyande—: Tradúceles lo que digo —hizo una pausa y añadió—: Nosotros tenemos armas de fuego. No podrán atraparnos. Sabremos defendernos. Luego, *bwana* Howard vendré a buscar a los asesinos. Vamos por allí. Allí no hay peligro.

Todos le contemplaban con una expresión completamente distinta de la que hasta entonces habían mostrado. Fiorsen se mordió los labios. ¿Qué iba a pasar?

Diana también le contemplaba sorprendida, había golpeado a Preston y sin embargo, se negaba a que maltratasen a los portadores.

Uno de estos dijo algo en su idioma y luego todos se inclinaron a recoger los fardos. Uyande sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—Ellos van porque *bwana* Maxwell lo dice. *Bwana* Maxwell es fuerte. Mató simba.

Richard sonrió levemente. Luego, se echó el rifle al hombro y echó a andar.

Toda la expedición le siguió. Diana estaba sorprendida. ¿Cómo era posible que todos se avinieran a obedecer a una palabra suya?

Yasmina sonrió, explicando:

—Portadores admiran a *bwana* Maxwell. El dominó a borracho y venció a león. Dicen que *bwana* Maxwell conoce verdad y que si dice algo es para bien de todos. *Bwana* Maxwell fuerte y justo.

La muchacha quedó pensativa. Decían todos que los seres primitivos, al igual que los niños y los perros, tenían un claro instinto que les indicaba quién iba a protegerles y quién les perjudicaría.

Preston, dolorido aún y avergonzado por su fracaso, se acercó a ella, sosteniendo el rifle con dificultad. No sabía qué decir ni qué hacer. Diana le contempló un instante. Él no tenía mala intención, aunque estuviera equivocado.

* * *

Habían acampado en la selva. La noche les envolvía. En torno a las hogueras descansaban los expedicionarios. Con los fardos, habían formado una especie de fortín y Richard fue colocando a los hombres, de modo que pudieran defenderse en caso de ataque. Los centinelas se encontraban en sus puestos para evitar cualquier sorpresa.

El joven descansaba en su puesto, fumando un cigarrillo. Diana, tendida en el suelo, lo miraba. Se encontraba delante de ella y era imposible evitarlo. De nuevo se preguntó la joven por qué se

interesaba tanto por él.

Larsen se hallaba muy cerca y preguntó:

—¿Nos queda aún mucho trayecto?

Richard negó con la cabeza.

—No, llegaremos mañana.

—Alguien se acerca.

Richard enarboló el rifle, al tiempo que hacía una seña a Fiorello. Este gritó algo en dialecto swahili. Desde la oscuridad, le respondió una voz en la misma lengua. El mulato se volvió hacia ellos, con una sonrisa.

—Es el capitán Howard, con los askaris.

Todos se incorporaron, contentos por la noticia. Diana pudo ver cómo una sonrisa de júbilo iluminaba el rostro de Richard.

Solo Fiorsen apretó los puños con furor. Yasmina, que se encontraba a su lado, tendió la mano hacia él.

—¿Qué ocurre, Olaf?

Pero Fiorsen la apartó de mal modo.

En el círculo de la luz que por encima de los fardos extendía la hoguera entraron unas figuras vestidas de uniforme. En cabeza marchaba un oficial de mediana edad y aspecto fornido. Lucía pantalones cortos y una camisa militar, con un correa en bandolera. Se cubría con un salacot.

—Soy el capitán Howard —dijo—, jefe de este distrito.

Larsen y Maxwell se presentaron, refiriéndole lo que había ocurrido. El militar asintió.

—Voy hacia el *kraal* de Zagua. Este jefe no se ha presentado a mí y ahora han pasado cosas muy raras. Además, me han informado de que también en esta zona es posible que se encuentre un fugado de presidio, un tal Libakua—. Hizo una pausa e indagó—. ¿Quién es *bwana* Maxwell?

Richard dio un paso al frente.

—Yo soy.

El militar tendió la mano.

—Celebro mucho conocerle. Los informes de los negros eran exactos. Sé que dominó usted a unos borrachos y que mató un león —sonrió Howard, añadiendo—: ¿Ha organizado usted este fortín?

Richard asintió.

—Sí, yo mismo. Coloqué los tiradores donde se encuentran ahora.

Howard hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que no podía haberlo hecho mejor yo mismo.

CAPÍTULO XI

FIORSEN SE DESCUBRE

Howard y Maxwell se detuvieron, contemplando las cataratas que, como un majestuoso espectáculo, se ofrecían ante sus ojos.

—Por fin hemos llegado —dijo el capitán.

Richard asintió. Tal como había calculado por las fotos, el territorio que rodeaba la catarata estaba libre de vegetación y de maleza, por lo que era fácil defenderse.

Howard había intimado bastante con el joven durante el día que medió entre su encuentro y su llegada a aquel lugar.

—Creo que hizo usted muy bien en continuar su camino en vez de retroceder —dijo el capitán—. Aquí estarán seguros. Yo voy a dar dos días de descanso a los askaris y luego me dirigiré al poblado de Zagua.

Se detuvieron en el calvero, examinando el terreno. Richard señaló un claro bastante ancho y propuso:

—Ahí podríamos instalar el campamento. Hay agua y leña. Por otra parte, no podrán sorprendernos y será fácil levantar una empalizada.

Howard asintió.

—En efecto. Les ayudaremos.

La expedición se extendió por todo el llano, disponiéndose a levantar el campamento. Los portadores, mucho más tranquilos con la presencia de Howard y de sus askaris, reían contemplando la cascada.

Diana señaló un remanso de la corriente, al tiempo que decía:

—Ese sitio es ideal para bañarnos.

En todos ellos había desaparecido el temor que les dominó al principio. Moirah asintió a la invitación de Diana.

—Sí, es ideal, pero no sé si voy a aprovecharlo. Me dan mucho miedo los cocodrilos —hizo una pausa y agrego—. Richard tenía razón. Ha sido preferible seguir adelante.

Edmund, cabizbajo y enfurecido, nada dijo.

Mientras, Richard y Howard estaban disponiendo el lugar donde debería construirse la empalizada y donde se instalarían los albergues. Se podían levantar las tiendas e improvisar una choza para los negros.

Diana se sentó, sonriendo, al tiempo que se desperezaba.

—Tenía muchas ganas de descansar. Esta marcha es capaz de acabar con las fuerzas de cualquiera.

Will Lowe exclamó:

—Esto va a resultar un magnífico escenario. Creo que podré lucirme con la fotografía.

En aquel instante, se acercó Preston.

—¿Sabe alguien quién es Maxwell?

Moirah le miró sorprendida.

—Un escritor.

—Antes de publicar sus novelas, ¿qué era? —Ante el silencio de todos, añadió—. Esto es lo que me preocupa. Es un hombre raro. Nunca habla de sí mismo. Sin embargo, ha estado en África y en otros muchos lugares. En una de sus novelas, según me dijo Tracy, describe el barrio de Singapoor. En otra, el de Saigón. Además, para luchar emplea trucos de luchador profesional. Y, lo que más me extraña, es la costumbre que tiene de organizarse para la lucha —hizo una pausa y añadió:— ¿Sería algún terrorista?

Diana volvió la cabeza hacia donde se encontraba la alta y musculosa figura de Richard. Con el sombrero ladeado, abierto el amplio compás de sus piernas, iba dando órdenes a los negros. Los askaris le obedecían a una simple indicación. En efecto, allí había algún misterio.

No pudo apartar la mirada de aquel hombre. Le veía bajo un aspecto distinto. Pero también entonces se daba cuenta de cómo había influido en ella desde un principio. Siempre que él la llamó, acudió a su lado. Preston la había deslumbrado con su aureola de fama, pero, Edmund no había calado hondo. Entonces se daba cuenta. Edmund no había hecho más que halagarla con su interés al pensar que millones de mujeres soñaban con el actor que entonces la pretendía a ella. ¿Por qué Richard se mostraba súbitamente tan extraño? Una mujer sería feliz teniendo junto a ella a un hombre como Richard.

Maxwell seguía organizando el campamento. El capitán Howard sonreía contemplando sus disposiciones. De pronto, exclamó:

—Este campamento está perfectamente organizado. Creo que nadie sería capaz de mejorarlo. ¿Dónde aprendió estos principios militares?

El joven se encogió de hombros.

—La guerra nos enseña mucho.

Howard no quiso insistir.

Richard siguió dando órdenes. Necesitaba distraerse de algún modo para evitar que toda su voluntad cediera. Se había dado

cuenta de que Diana le miraba con insistencia y no quería ceder a sus posibles coqueteos.

Pronto, quedó levantado el campamento. Diana corrió a su tienda. Poco después, salió vestida con un corto albornoz blanco. Sus largas y torneadas pierdas terminaban en unas sandalias y se cubría la rubia cabellera, recogida en una cola de caballo, con una amplia pabela.

Todos se volvieron para contemplarla con sorpresa. Fiorsen sintió que le ardían las mejillas, Richard, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, indagó, adoptando un aire de indiferencia:

—¿A dónde vas?

Ella señaló el río.

—A bañarme.

El joven quedó un instante silencioso y luego añadió:

—Es preciso que te acompañe un cazador armado. Quizás haya cocodrilos en el río o tal vez se acerque alguna fiera.

Fiorsen se apresuró a decir:

—Iré yo.

Tomó un rifle y siguió a la muchacha sin darse cuenta de cómo le miraba Yasmina. Para Fiorsen, era aquella una ocasión única. Iba a estar a solas con la muchacha. Aunque las ropas que vestía no eran las más a propósito para viajar, podrían escapar de allí. Nadie iba a echarles de menos y en poco tiempo podría llegar al *kraal* de Libakua. Entonces, desde allí a la frontera belga el viaje sería fácil ayudado por su *mulak*.

Se sentía muy satisfecho. Diana indagó de pronto:

—¿Es posible que haya cocodrilos?

—Quizás. Buscaremos un lugar donde no los haya. Y no se preocupe. Yo vigilaré desde la orilla con el rifle. Al menor signo sospechoso dispararé.

La muchacha asintió.

—Gracias —luego, tras una pausa, añadió—. Mr. Maxwell está mandando siempre. Parece conocer bien África.

Olaf asintió. Por una vez, las órdenes de aquel hombre le convenían.

—Sí —dijo—, la conoce bastante bien.

Habían llegado ya junto a un remanso del río, pero se encontraban aún muy cerca del campamento.

—Sigamos más adelante —dijo—. Este lugar es peligroso.

Diana, miró las aguas con cierta aprensión, pero siguió adelante, sin hacer comentarios. Pronto, se decía el cazador, estarían lejos de allí. En breve no podrían oírles los del campamento y podrían

encaminarse al *kraal* de Libakua. Quizás llegasen allí al amanecer del día siguiente.

De pronto. Diana distinguió otro remanso, formado por las cataratas, que parecía un lago, amplio y de clara transparencia. Nada se veía en el fondo.

—Aquí no hay peligro —dijo.

Estaban aún demasiado cerca. Fiorsen exclamó:

—Aquí puede haber peligro.

Diana contempló el agua que no parecía ocultar nada.

—Se ve el fondo —exclamó—. No hay nada oculto.

Arrojó una piedra y se vio cómo se hundía en el agua. Nada se movió en todo el remanso.

—Aquí me bañaré —dijo ella—. Es un lugar magnífico. Si hubiera algún peligro, usted lo verá enseguida.

Fiorsen se dio cuenta de que no podía perder más tiempo. No iba a convencerla. Era preciso decidirse en aquel momento. La tomó del brazo, al tiempo que decía:

—Siga adelante y no proteste.

Diana, estupefacta, le contempló sin comprender.

Luego, intentó desasirse, diciéndole:

—Suélteme. No me toque.

Fiorsen alzó el rifle, advirtiéndole:

—Vendrás conmigo. Obedece o vas a sentirlo. Y no grites. Aquí nadie te puede defender.

Diana se asustó. Se daba cuenta de que estaba en poder de Olaf y de que este había conseguido apartarla de sus amigos. Instantáneamente pensó que si Richard estuviera allí nada malo le ocurriría.

—¿Qué quiere usted de mí? —indagó, intentando ocultar su miedo.

Fiorsen se limitó a repetir:

—Ven conmigo.

Diana quería ganar tiempo, permitir que algo sucediera.

—No puedo viajar con esta ropa —dijo—. ¿A dónde quiere llevarme?

Fiorsen, impaciente, atajó:

—Eso no te importa. Obedece y cállate.

Yasmina, oculta entre la maleza, presenciaba la escena. Sentía el dolor de que Olaf la abandonara, pero había cobrado cariño a la muchacha. La había tratado dignamente.

Vio como Olaf la zarandeaba. Sabía muy bien la mestiza lo brutal que podía ser el cazador y comprendió lo que pretendía.

Debía apresurarse antes de que fuera demasiado tarde. Unos minutos después y habrían desaparecido en la selva.

Si volvía al campamento para pedir auxilio, Fiorsen conseguiría escaparse. Tan solo había un medio de evitarlo.

Se puso en pie, corriendo hacia donde se encontraba el cazador.

—Olaf —gritó—, déjala.

Fiorsen se volvió sorprendido. Yasmina le contemplaba con sus profundos y negros ojos, que despedían llamaradas.

—Vete, Olaf —advirtió—. Vete. *Bwana* Richard no te perdonará.

Fiorsen alzó el rifle, al tiempo que ordenaba:

—No te mezcles en esto, Yasmina. Lárgate de aquí y déjame en paz.

Pero Yasmina siguió avanzando, a pesar de que el negro cañón del rifle se dirigía hacia ella.

—La *mensahib* rubia es buena. Déjala. Vete, Olaf.

Fiorsen quedó un instante silencioso. No sabía qué actitud adoptar. De pronto, Yasmina gritó, a voz en cuello:

—¡Socorro, socorro! Venid, la *mensahib* está en peligro.

Fiorsen, casi sin darse cuenta de lo que hacía, oprimió el gatillo del rifle. La detonación retumbó sobre el viento que agitaba las ramas de los árboles.

Yasmina se llevó las manos al vientre, desplomándose con un gesto de dolor.

Diana se cubrió la cara, horrorizada.

Fiorsen vio que era el momento oportuno para huir.

CAPÍTULO XII

LA DEFENSA

Richard se volvió, indagando:

—¿Qué es eso?

Howard, a su lado, añadió:

—Ha sonado hacia el río.

Todos habían detenido sus trabajos, mirando con sorpresa y con interés hacia el lugar donde había sonado el disparo.

En aquel momento Fiorello añadió:

—Era el rifle de Fiorsen.

Richard fue a tomar su arma, pero el capitán Howard añadió golpeándose el revólver que lucía al cinto:

—No hay tiempo que perder. Vamos.

Echaron los dos a correr hacia el río, saltando por encima de los desniveles del terreno. Los demás les vieron alejarse, inquietos, pero a la vez sorprendidos, sin saber qué era lo que podía ocurrir.

Richard, sin detener la marcha, gritó con todas sus fuerzas:

—Diana, Diana.

La muchacha le oyó y, volviéndose, contestó a voz en cuello:

—Richard, estoy aquí.

Fiorsen alzó el rifle, advirtiendo:

—Cállate o te...

Pero los sucesos habían dado nuevos ánimos a Diana. Le contempló con expresión de reto, al tiempo que decía:

—Dispara si quieres, pero no te acompañaré nunca.

Olaf dudó un instante. Si la mataba, todo habría sido inútil. Pero tampoco podían seguir allí.

De súbito, las dos figuras surgieron de la espesura, a lo lejos, corriendo a su encuentro.

Diana gritó, sin poderse contener:

—Richard, Richard.

Fiorsen comprendió que estaba perdido. Se echó el rifle a la cara y disparó sobre los dos blancos. Uno de ellos dio un traspié, desplomándose. Diana sintió como si se le encogiera el corazón.

Richard se detuvo, volviéndose hacia Howard que yacía en el suelo.

—Deme la pistola —advirtió.

El capitán le tendió el arma, añadiendo:

—Tenga cuidado con él. Está loco. No comprendo por qué ha disparado.

Richard tomó el revólver y corrió a ocultarse detrás de un árbol.

Olaf se vio perdido. Aquel hombre, cuya dureza había podido advertir, no le iba a perdonar. Además, había herido a un oficial, aparte de matar a Yasmina. Tan solo le quedaba una solución. Refugiarse en la selva. Libakua le daría albergue.

Se volvió hacia Diana, que se apartaba de él, horrorizada y exclamó:

—No creas que te has escapado. Volveré.

Luego, echó a correr hacia la selva. De pronto, resonó un disparo y sintió como el proyectil silbaba sobre su cabeza.

Se inclinó, avanzando a toda prisa por entre la espesura. Luego, desapareció entre los matorrales. Con presteza, siguió adelante. Hasta encontrarse a cierta distancia y allí se detuvo.

Oculto detrás de un árbol, alzó el rifle y esperó unos instantes. Quería saber si iban a perseguirle. Podía distinguir con facilidad los menores ruidos.

Si alguien se acercaba en su busca, lo pasaría mal.

Mientras, Richard salió de su escondite, encaminándose hacia el lugar donde se encontraba Diana. La muchacha, llorosa, tendió las manos hacia él, llamándole desesperadamente:

—Richard, Richard.

El joven no pudo contenerse. Abrió los brazos estrechándola contra su corazón. Diana se refugió en ellos, temblorosa y asustada, reclinando la cabeza en el hombro del joven.

La muchacha sintió en torno a su cuerpo los musculosos brazos del joven. Sintió también como su mano la acariciaba, mientras una voz varonil y a la vez suave le iba diciendo:

—Ya ha pasado todo, Diana.

La artista se estremeció, al tiempo que se aferraba la camisa de Richard. Era aquel hombre al que ella quería. Era el único a quién podía amar.

Alzó la cabeza, sonriendo a través de sus lágrimas.

Richard vio aquel semblante bellissimo. Los ojos húmedos que le miraban con anhelo y los labios crispados en una dulce sonrisa, como ofreciéndosele. Al tenerla entre sus brazos, sintió que su voluntad flaqueaba.

Era muy grande su amor para poderla apartar de su lado. Todo había desaparecido de su memoria. Tan solo ella era realidad, ella allí en sus brazos.

Pero al mirarla, recordó que de igual modo debía ella

contemplar a Edmund en muchas ocasiones.

Con un estremecimiento, se dijo que entonces intentaba burlarse de él. Que volvería junto a Preston.

Sin brusquedad, pero con firmeza, la apartó diciendo:

—Howard está herido.

Diana le miró estupefacta, pero asintió. Era comprensible que ante todo se preocupara de las víctimas que aquel suceso había ocasionado. Entonces explicó:

—Yasmina también está herida.

El joven vio la mestiza tendida en el suelo, empapada de sangre. Se arrodilló a su lado.

—¿Cómo te sientes? —indagó.

Yasmina le dirigió una mirada sin brillo.

—Me muero, *sahib* —exclamó—. Olaf, mi amo, me ha matado. Quería llevarse a la *mensahib* rubia. Hacía tiempo que lo pensaba. Hoy quiso escapar a la selva con ella.

—Le cazaremos —dijo Richard—. Pagaré sus culpas.

La mestiza negó con la cabeza.

—No quiero que él muera. Yo le amo, *sahib*—, hizo una pausa, cada vez más débil y de pronto sus ojos se animaron—. Libakua está en su *kraal*.

Dobló la cabeza y quedó inerte. Richard se puso de pie, mientras Diana sollozaba. Era horrible aquella muerte.

—Hay que atender al capitán —dijo con sencillez.

Echó a andar al encuentro de Howard, que yacía a poca distancia. El militar sé apretaba la herida, intentando contener la sangre.

—Ha huido —explicó el joven—. Mató a Yasmina—. Se inclinó junto al capitán, indagando—. ¿Cómo se encuentra usted?

Howard respondió:

—No es grave la herida, pero de momento me tiene inmóvil. He perdido sangre, pero desde luego no es mortal.

—Volveremos al campamento —agregó el joven.

Sin esfuerzo aparente, se cargó al herido, regresando al blocao. Allí esperaban todos. Los askaris, inquietos por la suerte de su jefe. Diana le seguía, sintiendo que entonces comenzaba a comprender muchas cosas. La inquietud y la extrañeza que la habían dominado hasta entonces quedaban bien claras.

También se explicaba el interés que siempre sintió por Richard y la atracción que sobre ella ejercía. Le amaba. Estaba terriblemente enamorada de él, pero de momento la cegó, aunque sin dominarla, la gloria que rodeaba a Preston. Se sentía halagada por su constante

admiración. Luego, el súbito desvío de Maxwell la había apartado de él. Pero entonces todo quedaba bien claro... Él también la quería... Diana jamás tuvo novio, pero había cosas que una mujer comprendía al instante. El modo como la había abrazado no podía dejar lugar a dudas. Cuando todo se hubiera normalizado en el campamento, cuando se encontraran a solas, iban a hablar de muchas cosas. La joven sentía una alegría y una dicha que jamás conoció.

Maxwell, mientras se encaminaba a la tienda del capitán, advirtió:

—Fiorsen ha escapado. Quería raptar a Diana. Yasmina, al evitarlo, ha muerto. Vayan a buscarla.

Fiorello palideció, al tiempo que echaba a correr, acompañado por dos askaris.

Richard condujo al capitán a su tienda y le tendió en el lecho. Luego, le examinó la herida. El hombro presentaba un grave aspecto, incluso después de haberle lavado la sangre.

—Deberá usted permanecer inmóvil hasta reponerse —dijo el joven.

En su tienda, atendida por Moirah, la joven lloraba, desahogando su tensión. Pero esperaba confiada a que Richard fuera a verla. Necesitaba sentirse de nuevo en sus brazos.

Fiorello y los askaris regresaron, trayendo el cadáver de Yasmina. Salieron todos a su encuentro. Richard, atraído por los gritos, se reunió a ellos.

El mulato lloraba.

—La ha matado —exclamó—, la ha matado—. Se volvió hacia Maxwell, agregando —hacía tiempo que temía algo, pero no le creía capaz de asesinarla.

—Yasmina habló de un *kraal* cercano, pero no pude entenderla —agregó Richard.

Fiorello asintió.

—Se refería a Libakua. Es un antiguo *mulak* de Fiorsen que se ha hecho rey de un *kraal* cercano. Ahora se llama Zagua y es él quien dirige esas expediciones que nos han avisado los tam-tams. El capitán Howard le venía buscando. Además, es también un fugado de presidio. Nosotros —añadió— hacíamos contrabando de alcohol.

—Deberíamos perseguir a Fiorsen y capturarlo —dijo Larsen.

Fiorello negó con la cabeza.

—No nos dará tiempo. Conoce bien estos lugares.

CAPÍTULO XIII

FIORSEN TOMA MEDIDAS

Olaf se detuvo. La noche caía sobre la selva y hasta entonces nadie le había perseguido.

Ignoraba si el enemigo había decidido ir en su busca, sin encontrarle, o si por el contrario no lo habían intentado.

Se acarició el mentón, buscando un lugar a propósito para pasar la noche. Al amanecer del día siguiente llegaría al *kraal* de Libakua y entonces podrían poner en práctica el plan que se le había ocurrido.

Siguió adelante, intentando alejarse del campamento todo lo posible y poner tanta tierra como pudiese entre él y sus perseguidores.

Al fin, encontró un árbol cuyas ramas formaban una especie de plataforma. Allí, sería fácil descansar y evitar además el peligro de un ataque de las fieras.

Comenzó a encaramarse por el tronco hasta llegar a las ramas y se sentó en ellas, colgando el rifle de otra. Luego, examinó los contornos.

No había peligro e iba a ser bastante sencillo todo aquello.

Esperó a que la noche fuera cayendo sobre la selva.

Mientras, en el campamento, Diana esperaba en su tienda a que la llamase Richard. Inquieta, incapaz de dormir, le parecía oír sus pasos que se iban acercando.

Habían pasado las horas. La muchacha estuvo pendiente de la llegada de Maxwell, sin que este se acercara a ella.

Se preguntó una y otra vez qué podría suceder. Pero, al fin y al cabo, se dijo, Richard debía tener muchas ocupaciones. Se oía a los portadores que seguían construyendo la empalizada a toda prisa. Era preciso aprovechar el tiempo antes de que llegara el enemigo.

Howard había llamado a Richard.

El capitán mostraba el brazo en cabestrillo. El joven había hecho lo que estaba en su mano, pero Howard se hallaba muy débil.

—Maxwell —dijo el capitán—, necesito hablarle —hizo una pausa y continuó—: Yo no me puedo mover de aquí y se acercan momentos difíciles. El enemigo nos atacará pronto o por lo menos lo intentará. Fiorsen sabe lo que le espera y hay un amigo suyo, ávido de saqueo, en las cercanías. Los askaris cumplirán bien, pero

necesitan alguien que les mande. Solos no tendrán ánimos. Yo no puedo hacerlo. Tome usted el mando.

Howard le miró sorprendido.

—¿Yo? No soy militar. Ni siquiera puedo representar al Gobierno porque no soy inglés.

Howard sonrió.

—Usted sabe lo que es la guerra. Lo ha demostrado en varias ocasiones. Especialmente, sabe usted lo que es la guerra en la selva. Y me temo que dentro de poco vamos a tener unas cuantas emboscadas. Usted sabría cómo salir al paso de ellas.

Richard quedó silencioso. Desde luego, no dejaba de tener razón el capitán, pero representaba mucha más responsabilidad de la que a él la interesaba. Encendió un cigarrillo, mientras decía:

—No tienen ninguna obligación de obedecerme.

El otro sonrió.

—Los portadores le obedecerán porque usted tiene prestigio entre ellos. También los blancos harán lo que usted les diga.

Pero Richard aún dudaba. Era muy arriesgado lo que de él se exigía.

—Los askaris pueden negarse a obedecerme.

—Obedecerán al sargento Bangua y este le obedecerá a usted si se lo digo. Pero ellos necesitan que sea un blanco quien lo dirija todo.

Richard no respondió. Todo aquello podía ser cierto, pero no se atrevía a tomar el mando. Howard exclamó entonces:

—Si nadie manda aquí, y no veo otra persona capaz de hacerlo más que usted, esto irá muy mal. ¿Es que quiere que esa muchacha caiga en manos de Fiorsen? Y aun esto podía ser lo menos malo. Los negros pueden asesinarle y entonces serían los salvajes quienes se apoderarían de ella.

El joven se estremeció. Aunque ella fuera indigna de su cariño, aunque se hubiera burlado de él, no podía tolerarlo. Le parecía sentir aún entre sus brazos el cuerpo esbelto de la muchacha.

—De acuerdo —exclamó—; llame usted al sargento Bangua.

El capitán sonrió, dando una orden en swahili. Un centinela hizo comparecer al suboficial. Este se cuadró marcialmente.

—Bangua —dijo Howard—, desde ahora obedecerás en todo al *bwana* Richard. Es quien manda.

—Sí, capitán.

—Llama a todos los demás blancos.

Estos fueron entrando, un poco sorprendidos. El askari incluso avisó a Moirah y a Diana. Ante ellos, el capitán Howard repitió la

orden dada al sargento.

Diana la escuchó con complacencia. Si era Maxwell quien mandaba allí se sentía mucho más segura y más tranquila; estando él a su lado, nadie le podría hacer daño.

Le contempló embelesada. Conforme se oían las palabras del capitán y luego los demás asentían sin la menor protesta, su expresión se hacía más reconcentrada. Ella le había conocido como un muchacho simpático y alegre, pero había mucha más fibra en el fondo de su alma. Su personalidad se había impuesto sin necesidad de desplantes. Las circunstancias no hicieron más que destacar sus cualidades. Todos iban acercándose a él como en busca de protección.

Se sintió orgullosa de amarle. Sabía que iba a ser muy grande la tensión, pero también que ella estaría siempre a su lado para ayudarle, fuera como fuera.

Richard exclamó:

—Debemos organizar la defensa. Usted y los askaris montarán la guardia por turnos, mientras los portadores montan la defensa. Vamos a repartir las armas.

Diana buscaba su mirada sin encontrarla. Quizás estuviera demasiado preocupado, pero sintió cierta desilusión. Salieron de la tienda del capitán encaminándose ella a la suya. Una vez allí, esperó sentada a la puerta, oyendo la voz de Richard que animaba a los negros y daba indicaciones a los blancos.

De pronto, sobre el resplandor de la hoguera vio destacarse su figura que se alejaba hacia el otro extremo del campamento, como si fuera a revisar algún puesto de centinela.

No pudo contenerse. Se levantó, marchando en pos de él.

—Richard —dijo.

El joven, al oír su voz, se estremeció como si le hubieran apuñalado. Ella estaba junto a él, llamándole. Todo su ser deseó volverla a estrechar entre sus brazos como aquella mañana. Pero se contuvo.

Lentamente, se volvió hacia ella. Debía saber Diana que con Richard Maxwell no se jugaba.

—¿Qué quieres?

Diana se encontraba ante él, mirándole a los ojos. La luz que en sus pupilas brillaba, la esperanza y el anhelo de amor que sentía, al joven le parecía que era una mirada de coquetería destinada a seducirle.

Diana se acercó, descubriendo con sinceridad todo su cariño.

—Richard —comenzó a decir—, te he esperado. Comprendo que

tenías muchas obligaciones, pero te necesitaba. Ahora me siento más tranquila al saber que eres tú quien va a mandar todo esto.

Maxwell no alteró su actitud, a pesar de que sentía un deseo invencible de abrazarla y de decirle que la amaba.

—Haré lo que pueda por defenderos a todos.

Diana quedó un poco sorprendida por la actitud del joven. No esperaba tanta frialdad en quien la había abrazado con tanta efusión horas antes. Pero no se dio por vencida.

—Richard, yo estoy tranquila porque tú me defenderás. Cuando esta mañana viniste a mi lado, perdí todo el miedo. Y ahora tampoco lo tengo —sonrió mirándole con fijeza. No podía contener su amor y al verle sentía deseos de que la estrechara entre sus brazos, consolándola—. Richard, yo...

Maxwell se estremeció de nuevo.

No podía permitir que ella continuase hablando de aquel modo porque acabaría por vencer su voluntad.

—Perdona —le interrumpió—, tú antes has dicho que tengo muchas ocupaciones y es cierto.

Se alejó sin más palabras. Diana quedó sola, aturdida, sin comprender exactamente qué era lo que sucedía. ¿Por qué se apartaba de ella? Diana sabía que era hermosa y también sabía que Richard sentía algo por ella. No en vano la estrechó con tanta pasión aquella mañana. ¿A qué obedecía la actitud que adoptaba?

Le vio alejarse, mientras las lágrimas inundaban sus hermosos ojos.

Luego, regresó a su tienda, incapaz de contener los sollozos que escapaban de su garganta.

* * *

Fiorsen contempló la aldea que se alzaba en el claro de la selva. Sonrió triunfalmente. Había vencido los peligros de la jungla y se encontraba a la entrada del *kraal* de Libakua.

Avanzó lentamente.

Era preciso no exponerse a que algún guerrero, emborrachado por los saqueos realizados días antes, le asesinara. Con el rifle en alto, fue acercándose al *kraal*, mientras observaba si alguien se lanzaba sobre él.

Luego, se detuvo en las cercanías del *kraal* y fue marchando hacia la empalizada.

Debía buscar un medio de llegar al interior sin que nadie le detuviera. De no ser así, corría el peligro de no poder ver a Libakua. Y debía recordar que se llamaba Zagua.

Se detuvo junto a la empalizada que rodeaban unas calaveras, y buscó un medio de saltar al interior.

No lejos se encontraba un árbol desde el que sería fácil entrar en el poblado. Se encaramó a las primeras ramas y se descolgó.

En el poblado de chozas de paja se veían mujeres que trabajaban moliendo el maíz y niños que corrían de un lado para otro. De súbito, uno de estos le descubrió, alzando la mano y señalándole. Luego, comenzó a gritar.

De todas las chozas salieron guerreros armados de lanzas y de escudos que corrían a su encuentro. Fiorsen enarboló el rifle, decidido a defenderse. Al mismo tiempo, gritó en swahili que deseaba ver a Zagua.

Los guerreros le custodiaron hacia la choza en la que se encontraba el reyezuelo. En sus rostros oscuros, llenos de tatuajes, se advertía el deseo de matar.

De la choza salió Libakua, cubierto por su capa real. Al ver el cazador sonrió, haciéndole una seña de que entrara. Fiorsen obedeció, mirándole de cabeza a pies. Estaba seguro de que Libakua le mataría con gusto, para librarse de cualquier peligro. Pero él tenía un medio muy seguro de evitarlo y de conseguir que el negro le ayudase.

—*Bwana* Fiorsen —dijo el negro—, siéntate.

—Sí, Libakua —respondió Olaf, sin abandonar el rifle—, pero di que me traigan alimentos.

El negro le miró con disgusto.

—No soy Libakua. Soy Zagua, rey entre los míos.

Olaf sonrió. En efecto, había cambiado mucho su antiguo *mulak*.

—Bien, Zagua, pues di a los tuyos que me traigan alimentos. Desde ayer no he comido.

Zagua dio una orden y entraron unas negras con unas cestas que contenían frutas y carne seca. El cazador se apoderó de ellas, comiendo con apetito. Luego, contempló a su antiguo *mulak*.

—Las cosas te han ido bien, Zagua. ¿Tienes aún el rifle que yo te di?

Al negro no le gustaba, por lo visto, que nadie le recordase que era un fugado de presidio. Pero convenía sacarlo a relucir de vez en cuando.

Zagua asintió y Fiorsen volvió a decir:

—Te traigo una buena ocasión para emplear tu rifle. Sé que tus guerreros han asaltado aldeas. El tam-tam lo ha dicho —hizo una pausa y añadió—: A un día de viaje se encuentra una caravana de

blancos. Tienen armas y mucho botín. Tus guerreros podrían vencerles y serías rico. Con las armas te convertirías en el más fuerte de todo Tanganika.

Zagua le miraba con suspicacia.

—¿Qué buscas tú en esa caravana? —indagó—. ¿Por qué no estás con ellos?

Fiorsen apretó los puños. No esperaba tanta astucia en el negro. Había creído que esto no se le iba a ocurrir.

—He dejado la caravana para venirme a avisar, Libakua —exclamó.

El reyezuelo negro se irguió, furioso; pero Fiorsen no le dejó hablar.

—*Bwana* Howard está en la caravana, con unos askaris. Le ha traído el tam-tam. Viene a detener al que ha efectuado los saqueos y a buscar a Libakua, un *mulak* que se escapó de presidio.

La expresión del negro cambió al instante.

—*Bwana* Howard con askaris —repitió. Luego, quiso saber:— ¿Muchos askaris?

Fiorsen se sintió otra vez seguro.

—No, muy pocos. Y en la caravana no hay muchos rifles. Tus guerreros podrán vencerles.

—El negro asintió.

—Iremos. ¿Tú vendrás, *bwana* Fiorsen?

La sonrisa de Olaf era cruel.

—Será un placer para mí, pero pido tan solo una cosa —el negro asintió—. Hay dos mujeres blancas en la caravana. Una, la más joven, es para mí.

Una vez les hubiera guiado al triunfo, se dijo el cazador, no le resultaría difícil convencerles de que le dieran medios para llegar a la frontera belga.

Libakua salió de su choza, agitando la mano y dando órdenes en swahili.

Los tam-tams comenzaron a batir, mientras se alzaba el griterío de los negros.



Casi sin darse cuenta de lo que hacía...

CAPÍTULO XIV

SOMBRAS EN LA SELVA

El sol estaba ya alto.

Richard contempló la improvisada trinchera que les defendería de un posible ataque enemigo. Los portadores habían trabajado de firme. Los askaris que montaban la guardia y Larsen y Preston se encontraban en sus puestos.

Era preciso despertar a todo el mundo.

Hacía ya dos días que huyó Fiorsen y aún no tenía anuncio de la llegada de los guerreros. Pero estos acudirían. Richard llamó al sargento Bangua y le transmitió la orden. Poco después, todos recorrían el campamento disponiéndose a defenderse si era necesario. Los centinelas relevaron a los anteriores, que fueron a dormir.

Preston pasó junto a Richard, contemplándole en silencio.

Diana y Moirah estaban preparando el café. La muchacha estaba pálida y un tanto fatigada. No había podido dormir en toda la noche, intentando comprender la actitud del joven. Entonces le veía en pie, ceñudo y sereno, como si hubiera descansado igual que los demás. Sin embargo, le constaba que había estado en pie toda la noche. Tomó una taza y la llenó de café, acercándose a Maxwell.

—Richard —susurró.

El joven se volvió hacia ella, Diana le tendió la taza de café, contemplándole con fijeza. A sus ojos, era aún más grande la figura del joven. Pero este se limitó a tomar la taza y a balbucir:

—Gracias.

Comenzó a beber en silencio. La muchacha le seguía mirando. No podía comprender su actitud y necesitaba hablarle.

—Richard —volvió a decir—, yo quisiera...

En aquel instante, uno de los centinelas gritó:

—Ya vienen.

Maxwell arrojó la taza y tomó el rifle, echando a correr hacia la empalizada. Diana quedó nuevamente sola. Tristemente tomó la taza y la alzó, comenzando a acariciarla. Se sentía terriblemente sola. Richard no la quería.

Sintió deseos de que una bala acabara de una vez para siempre con su tristeza.

Maxwell se detuvo junto a Tracy e indagó:

—¿Dónde están?

Oscar señaló el río por el cual avanzaban los guerreros de Zagua. Iban adornados con plumas de pájaros que imitaban la cabeza de un león. Se protegían con altos escudos y blandían sus lanzas. Se oían sus gritos, con los que se animaban para entrar en combate.

Richard quedó un instante silencioso. Era preciso detenerles, antes de que intentaran asaltar el fortín. De conseguir esto último, su superioridad numérica les arrollaría.

Avisados por el sargento Bangua, los defensores del fortín se colocaron en sus puestos. Los negros iban avanzando.

Richard ordenó:

—Disparad sobre seguro, pero no ceséis el fuego. Es preciso detenerles.

El joven se echó el rifle a la cara y oprimió el gatillo. Uno de los guerreros se vino abajo, alcanzado en el pecho. A lo largo de las defensas del campamento, restallaron las detonaciones.

El crepitar de los fusiles se alzaba sobre el griterío de los salvajes que iban cayendo, alcanzados por los disparos de los blancos.

Pero eran muchos guerreros. Sus pieles oscuras, cubiertas de pintura y de adornos, resaltaban al sol.

Diana, inmóvil en el mismo lugar, seguía apretando la taza contra el pecho, sin apartar los ojos de Richard que iba recorriendo los puestos de tiradores.

El rostro del joven parecía tan sereno como antes de que se iniciara el ataque. Ni siquiera se había vuelto a mirarla. ¿Qué era lo que podía suceder? Sin embargo estaba segura de que el joven descubrió lo que sentía cuando la abrazó aquella mañana.

Richard continuaba avanzando a lo largo de la trinchera.

De pronto, se detuvo, alzando el rifle. Uno de los salvajes se lanzaba hacia adelante, esgrimiendo su lanza, a punto de arrojarla sobre los defensores del campamento.

Iba a animar a sus compañeros para que le siguieran en el ataque. Era preciso impedirlo. Una carga arrolladora podía abrirles a los salvajes el camino del campamento. El joven oprimió el gatillo y se vio al salvaje desplomarse.

Preston que se encontraba junto a Richard, exclamó:

—Si tuviéramos aquí más rifles podríamos detenerles. Al otro lado del campamento hay gente que no dispara. Podrían venir aquí.

Maxwell negó con la cabeza.

—Es preciso dejarles allí. Nos pueden hacer falta.

Libakua avanzaba entre sus hombres, animándoles y buscando una oportunidad de disparar sobre algún enemigo. No quería gastar

inútilmente las municiones. Era aquel el amuleto que le sostenía en el trono del *kraal*.

Seguía animando a sus hombres a continuar adelante. Era preciso que no desfallecieran.

Fiorsen, también mezclado entre los negros, iba avanzando hacia el fortín. Sabía que de descubrirle Maxwell iba a disparar sobre él y no quería exponerse ante tan buen tirador.

Los negros iban cayendo alcanzados por las descargas de sus enemigos. De momento, seguían adelante, pero pronto quizás perdiesen el empuje. Sin embargo, confiaba en la estratagema que se le había ocurrido.

Richard se detuvo junto a los portadores.

Estos, en el interior del fortín, permanecían tendidos en el suelo para evitar ser alcanzados por una bala.

Le miraron con expresión intranquila, pero no asustados. Uno de ellos dijo, torpemente:

—*Bwana* Richard, fuerte.

La confianza ciega que en él tenían le turbó. Pero no podía permitir que cayeran en manos de los guerreros que les atacaban. Siguió adelante y entonces vio a Diana inmóvil, arrodillada en el centro del campamento y mirándole.

Se estremeció. Podían matarla.

—Vete a la tienda —gritó.

La muchacha seguía mirándole como fascinada. El joven corrió hacia ella, mientras Diana se ponía en pie. Los proyectiles silbaban por encima de su cabeza. Podían alcanzarla de un momento a otro.

Se detuvo a su lado, pasándole el brazo por los hombros y obligándola a tenderse en el suelo. Diana le miró, estremecida. Estaba a su lado y sentía su contacto. Sin poderse contener, murmuró:

—Richard.

El joven también la miró. Había sentido su contacto y ella estaba a su lado. Sus caras estaban muy próximas. Los labios de la muchacha le atraían como un imán.

Quizás muriesen, sin volver nunca a la civilización. Pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo. No podía dejarse llevar por aquella pasión absurda.

Se levantó, obligando a la muchacha a imitarle y luego, medio encogido, acompañó a Diana a la tienda donde ya se encontraba Moirah.

—No te muevas de aquí —ordenó.

Diana le sujetó el brazo, al tiempo que decía desesperada:

—Richard, escúchame. No puedes dejarme ahora.

Pero Maxwell se desprendió, al tiempo que contestaba:

—No hay tiempo para tonterías.

Diana le vio alejarse, mientras las balas silbaban por todas partes. Quizás muriese y nunca sabría que ella le amaba, que le había amado siempre.

Fue a seguirle, pero la detuvo Moirah.

—Quédate aquí. Ya has oído.

Pero la muchacha no le prestó atención. Desesperada, pretendía seguirle, mientras le llamaba con angustia:

—Richard, Richard.

El llanto la venció obligándola a doblar la cabeza sobre el hombro de Moirah, que la acarició como si se tratara de una niña.

—Cálmate, Diana, cálmate.

Pero la muchacha seguía llorando, mientras decía entre sollozos:

—Le quiero, Moirah, le quiero mucho.

Maxwell, con un infierno en el corazón, siguió recorriendo los puestos. No quería pensar en lo que había sucedido, pero sentía que la voz de la muchacha se le había clavado en el pecho. Lo mejor, se dijo, sería separarse de ella cuanto antes, pero estaba allí inmovilizado por los guerreros.

De súbito, el sargento Bangua le advirtió:

—Vienen guerreros por el otro lado, *bwana*.

El joven corrió hacia el otro extremo, por dónde hasta entonces no habían atacado. Los salvajes avanzaban blandiendo sus armas y en un furioso intento de asaltar el fortín. Richard se echó el fusil a la cara y oprimió el gatillo. Un salvaje se desplomó, al tiempo que de detrás del parapeto partía una lluvia de plomo.

Caían los negros uno sobre otro, tropezando con los cadáveres los que les seguían.

Pero era difícil detener aquel torrente humano.

Una y otra vez iban cayendo los percutores sobre los cartuchos, enviando descargas de plomo sobre los negros. Los cadáveres abrían huecos en las compactas líneas del enemigo.

Richard seguía vaciando el cargador de su rifle.

Pero allí también se había estabilizado la situación. Poco a poco, los guerreros se fueron replegando. Huían al fin hacia la espesura, donde los matorrales les podrían ocultar a las balas de los defensores del fortín.

Richard ordenó al sargento:

—Que no se mueva nadie.

Luego, corrió al otro extremo donde también había cesado el

fuego.

Todos se mantenían en sus puestos, con el arma al brazo. Richard advirtió:

—No os mováis. Pueden volver de un momento a otro. Haré que os traigan comida y municiones.

En la espesura, Fiorsen contemplaba a Libakua, al tiempo que le decía:

—¿Es que tus hombres no sirven para nada? Es preciso que asaltemos el campamento. ¿No te das cuenta de que el capitán Howard conseguirá escapar y volverá con muchos askaris?

El negro asintió.

—Esta noche, cuando todos duerman, cuando no lo esperen, atacaremos. Para ti, *bwana*, la mujer rubia—. Luego mostró sus blancos dientes al tiempo que decía—. Para mí *bwana* Howard. Todos sabrán que ha vencido Zagua.

Fiorsen sonrió, tranquilizado. No era mala perspectiva.

CAPÍTULO XV

UNA DECISIÓN

Estaba anocheciendo.

En el campamento todos seguían en sus puestos. Richard forzaba la vista, examinando la maleza. Fiorello había salido unas horas antes y aún no había regresado. Era preciso saber dónde en encontraban los negros.

Se oían algunas canciones y algunos gritos, pero no podía conocer exactamente qué era lo que hacían.

En una de las tiendas descansaban los pocos heridos que habían tenido. Pero había algo más que preocupaba al joven.

Eran muchas preocupaciones para un hombre solo. Aquella tarde, cuando fue a visitar a los heridos, Vio a Diana atendiéndoles con ternura. Sintió que toda su voluntad estaba a punto de desmoronarse.

¿No estaría equivocado?

Pero luego recordó, con una claridad que parecía apuñalarle el corazón, el día en que mató al león, cuando la encontró junto a Preston. No, no debía dejarse engañar por la muchacha. Sin prestarle atención, se alejó de su lado.

En aquel momento, Fiorello entraba en el fortín. Avanzó al encuentro de Richard, secándose el sudor que cubría su morena frente.

—Están acampados más allá del río —explicó el mulato—. He podido espiarles, pero no conseguir acercarme.

—¿Qué es lo que hacen?

—Han establecido un campamento —explicó Fiorello—. Por lo visto, no se piensan marchar.

Maxwell quedó silencioso. Aquello era un grave contratiempo. Si no escapaban los negros, les retendrían aprisionados en aquel lugar. Se les agotarían los víveres y las municiones y acabarían todos por caer víctimas de los salvajes. Al pensar en Diana cautiva de Fiorsen o, lo que era aún peor, en manos de los guerreros negros, se estremeció como si le hubieran fustigado.

—¿Dices qué están al otro lado del río? —indagó.

Asintió Fiorello, explicando a continuación:

—Se encuentran a dos horas de aquí, detrás de unos peñascos, rodeados de maleza. Allí están todos acampados.

Richard hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Hay que avanzar a campo raso o hay maleza que nos cubra?

—Al principio campo raso, pero la mayor parte lo cubre la maleza.

El joven se limitó a decir:

—Ve a descansar.

Se encaminó hacia la tienda del capitán, dispuesto a exponer la solución que acababa de ocurrírsele. Howard sonrió al verle entrar.

—Me ha dicho el sargento que la defensa ha sido un éxito. Todos confían aún más en usted.

Richard quedó un instante silencioso. Luego, dijo:

—Sí, pero los negros continúan ahí. No podemos pedir auxilio y no es fácil que vengan a prestárnoslo. Se nos acabarán los víveres y las municiones. Entonces, todo habrá acabado.

Howard le contempló un instante y luego preguntó:

—¿Qué solución ve usted?

Richard se inclinó sobre el lecho del herido.

—Tan solo una; debemos dar un golpe de mano para privarles de jefes.

Howard abrió los ojos, estupefacto.

—¿Cómo dice?

—Sí —repitió el joven— dar un golpe de mano que siembre el terror entre ellos y que les prive de sus jefes. Solo así lograremos que nos permitan regresar sanos y salvos.

Howard tardó en responder:

—Pero eso es una locura.

—Capitán —dijo el joven—, si usted conoce la guerra sabrá que tan solo las locuras dan resultado.

Howard abatió la cabeza.

—Está bien; pero para dirigir este golpe de mano vista un uniforme de militar.

Richard le contempló estupefacto.

—¿Un uniforme? Yo ni siquiera soy inglés. ¿Qué dirían en el ministerio de Colonias?

—El ministerio está muy lejos y si usted se ve capaz de arriesgarse en el golpe de mano, yo me veo capaz de arriesgarme con las ordenanzas.

Richard salió al exterior e hizo una seña a todos los que se encontraban en el recinto del campamento.

—Tan solo nos queda un medio para intentar salvarnos. Esta noche, daremos un golpe de mano. Necesito doce voluntarios.

Warner y Larsen dieron un paso al frente, junto con el sargento

y dos askaris. Casi enseguida, Lowe y Preston se ofrecieron. Otros hicieron lo mismo.

Richard advirtió:

—Mr. Larsen y Mr. Warner se quedarán aquí. Alguien ha de mandar si algo me ocurre, el sargento me acompañará. Lowe, usted puede venir con seis operarios; los que hayan hecho la guerra.

Como casi todos habían combatido en el frente, los eligió a simple vista. Entonces, Preston se acercó, rogando:

—Déjeme ir, Maxwell. Es un favor que le pido.

Había algo extraño en su voz y el joven asintió. Edmund abatió la cabeza.

—Gracias.

Luego, el joven eligió a tres askaris que le acompañarían junto con el sargento. Después agregó:

—Fiorello nos servirá de guía. Tomaremos un rifle, un cuchillo y municiones cada uno. Descansad hasta la noche.

Diana había presenciado la escena, sintiendo el horror de lo que se avecinaba. Pero nada podía hacer. Sabía que tampoco iba a escucharla. Moirah le pasó el brazo por los hombros.

—No te preocupes, nena; dentro de seis meses ni te acordarás. En cuanto se estrene la película tendrás a todos los hombres a tus pies.

Diana, sintió que los ojos le quemaban, respondió:

—Pero ninguno será como él.

* * *

Había caído la noche. Richard revisaba a los trece voluntarios que iban a acompañarle, Fiorello mostraba su moreno semblante en el que se retrataba una extraña decisión. Embutido en las ropas del capitán, Maxwell parecía, en efecto, un militar. Diana, que presenciaba la escena, se dijo que había algo extraño en su facilidad para lucir el uniforme.

El joven se volvió, diciendo:

—Podemos marcharnos. Cuando volvamos, no abran a nadie si no les damos la consigna: «Primer Plano».

La muchacha le vio perderse en las sombras, seguido por sus compañeros. Se estrujó las manos, mientras rompía en un amargo llanto. Iba a enfrentarse con el peligro, se lanzaría a la muerte, y ni siquiera le había dirigido una última mirada.

Richard avanzaba en silencio, con el rifle terciado y el revólver al cinto, asegurándose de que no había ante ellos un peligro inminente.

En el corazón, se le había clavado la mirada de la artista.

CAPÍTULO XVI

FRENTE A FRENTE

Cuando llegaron a cierta distancia del río, Fiorello les detuvo para explicar al joven:

—Ahora podremos ocultarnos entre los matorrales.

Hasta aquel momento, no habían tenido encuentros con el adversario. Todo se hallaba en silencio. Luego, el joven hizo una seña y se desplegaron por entre la maleza.

A su derecha marchaba Preston, con el rifle terciado, a su izquierda el sargento y en cabeza Fiorello.

Lentamente fueron avanzando, en previsión de que hubiera centinelas que pudieran prevenir al enemigo de su presencia. Nada se advertía. Tan solo oían el ruido del viento al agitar las ramas de los árboles y el canto nocturno de los pájaros que se mezclaba con el murmullo del río.

Ninguno de ellos hablaba. Sabían todos que el menor descuido podía lanzarles a la muerte.

De improviso, Fiorello se detuvo, agitando la mano para que los otros le imitaran.

El joven alzó el rifle, esperando averiguar qué era aquello. En sentido contrario se advertía un rumor que iba en aumento. Advirtió que todos, a su lado, requerían las armas.

Richard reptó hasta reunirse con Fiorello.

—¿Qué ocurre? —indagó en voz baja.

El mulato respondió en el mismo tono.

—Viene un grupo de gente. Son guerreros. Van descalzos.

El joven forzó la vista, hasta descubrir las negras siluetas que iban avanzando con gran precaución y bien desplegadas por las riberas del río.

¿Qué hacían en aquellos momentos? se preguntó.

* * *

Diana paseaba inquieta por el campamento, atenta a cualquier ruido que pudiera oírse en el exterior.

Se había marchado Richard y pasaban los minutos sin que supiera nada de él. Estaba solo en la selva junto con otros voluntarios, pero nadie le podía defender de los negros que le

tendieran una emboscada.

Lo imaginaba caído en el suelo, rodeado de salvajes que le hundían sus lanzas en el cuerpo.

Se llevó las manos a la cabeza, sollozando con desesperación.

—Richard, Richard.

Moirah acudió a consolarla.

—Vamos, niña, no llores. Si no te contienen, vas a acabar volviéndote loca.

Diana se refugió en los brazos de la otra mujer, mientras le decía a través de sus lágrimas.

—No podré soportarlo, Moirah. Richard está ahí fuera, rodeado de peligros. Quizás no vuelva nunca más. Y ni siquiera me ha mirado al marcharse. ¿Por qué?

La otra mujer no sabía qué contestarle. Luego, exclamó:

—Nadie está obligado a enamorarse.

Diana la miró sorprendida.

—Pero al principio parecía que me quería.

Moirah asintió.

—Quizás nos lo parecía tan solo.

Diana movió la cabeza.

—Yo no podré querer a otro hombre más que a él. Necesité alguien así que me defienda y me proteja. Yo sé que si no es él, no podré querer a ningún otro.

Moirah quedó preocupada. Había tanta sinceridad y tanta pasión en la voz de Diana que se hubiera dicho que estaba a punto de cometer cualquier locura. Moirah la apreciaba y quería impedirlo, pero no sabía qué hacer.

En aquel preciso instante se oyó un disparo y un alarido de muerte.

Diana se irguió, cubriéndose la cara con las manos, y cayó desvanecida al suelo.

* * *

Richard forzó la vista, dándose cuenta de que los hombres que avanzaban eran un grupo de guerreros negros.

Al instante, sintió como si una corriente eléctrica le recorriese la espina dorsal.

Iban a asaltar el campamento. Sabía que los centinelas se hallaban preparados, pero siempre les resultaba mucho más fácil obtener un éxito por sorpresa que a pleno sol.

En voz baja, dijo a Fiorello:

—Dejémosles pasar. Avisa a los otros. Luego, dispararemos.

La orden se fue transmitiendo. Los voluntarios permanecían inmóviles entre los matorrales, contemplando cómo los grupos de guerreros pasaban ante ellos. Luego, pudieron ver cómo nuevamente avanzaban otras columnas negras.

En cabeza de una de ellas se veía a Libakua, armado con su rifle. Al frente de otra, a Fiorsen, aferrando el arma, y soñando con el instante en que pudiera apoderarse de Diana. Estaba seguro de tener éxito aquella vez. Iba a ser uno de los primeros en figurar en el asalto. No quería exponerse a que otra persona capturase a la muchacha.

Libakua tenía ya preparado su plan. El negro astuto y sin escrúpulos sabía que el único que le podía identificar como a un antiguo fugado de presidio era el sueco. Le había cobrado gusto a ser rey y no quería dejar de serlo.

Una vez hubieran asaltado el campamento, uno de sus negros mataría a Olaf.

Lentamente fueron avanzando, desplegándose por la espesura para disponer el ataque. Luego, salieron de entre los matorrales, avanzando por el calvero. Sus cuerpos oscuros desaparecían en la oscuridad. Uno a uno, se fueron colocando de modo que pudieran lanzarse al asalto cuando les dieran la orden.

Detrás del grupo que debía dirigir el asalto, se encontraba el grueso de la tribu preparada para irrumpir en el campamento. El deseo de sangre y de botín les brillaba en los ojos.

De improviso, Libakua se detuvo examinando la tierra.

Había allí algo que le llamaba la atención, bajó el rifle, apuntando hacia el suelo.

De pronto, la maleza se entreabrió para dejar paso a una alimaña que avanzaba a todo correr.

Libakua alzó de nuevo el rifle y siguió adelante.

Los dos primeros grupos se encontraban ya dispuestos a lanzarse al ataque.

El resto de la tribu se hallaba en cuclillas, esperando la orden para avanzar. La señal sería el incendio de una choza. Una vez vieran los resplandores se lanzarían a la carga.

Richard esperaba con los nervios en tensión. Estaba bien clara la táctica que iban a seguir aquellos hombres.

Alzó el rifle y apuntó a uno de los negros. Fiorello buscaba a Olaf con la mirada, pero sin conseguir descubrirle. Luego, apuntó a su vez a otro guerrero.

Todo el grupo le imitó, esperando el disparo de Maxwell.

Este oprimió el gatillo. Retumbó la detonación en el silencio de

la noche. Luego, se oyó el grito de muerte de uno de los negros.

Casi enseguida, de la espesura partieron nuevos disparos, derribando a varios guerreros.

Libakua se volvió sorprendido, al oír las descargas que sonaban a su espalda. Estaban atacando al grueso de la columna. ¿Quién les podía haber sorprendido de aquel modo?

En el campamento, se oyeron voces de mando y de los parapetos partieron disparos a su vez. Libakua se echó el rifle a la cara, enfurecido.

Su estratagema estaba descubierta.

Veía cómo en torno suyo iban desplomándose los guerreros, barridos por el fuego que desde la empalizada mantenían sus defensores.

Fiorsen intentó animar a sus guerreros, advirtiéndoles en swahili que el resto de la tribu cargaría, para ayudarles.

Pero pudieron oír cómo los disparos iban abatiendo al grueso de la tribu.

Estaban entre dos fuegos. Era imposible avanzar hacia aquella empalizada en la que se había despertado la muerte. Pero a espaldas suyas se encontraba una nueva partida de blancos que les barría a disparos.

Richard destacó a Fiorello y a Preston para que fueran disparando sobre los que formaban la vanguardia. Ambos se echaron los fusiles a la cara y comenzaron a vomitar fuego sobre los negros.

El resto seguía vaciando sus fusiles sobre el grueso de la tribu. Richard se preguntó cuánto tiempo podrían mantener aquella situación. Sus disparos iban abriendo huecos en el grupo de sus enemigos, pero si intentaban atacar podía vencerles la superioridad numérica.

Entonces se volvió hacia el sargento.

—Da unas órdenes en swahili. Di que la primera compañía debe rodear la catarata.

El suboficial asintió, comenzando a gritar en su dialecto lo que le habían ordenado.

Richard seguía disparando. Sabía el temor que a las tropas tenían los negros. Si pudiera aparecer ante ellos, habría acabado la lucha.

La luna brillaba en lo alto del cielo. Su uniforme quedaría bien claro a los ojos de los guerreros. En compañía de los askaris podría asustarles.

Pero era exponerse mucho. Sin embargo, no quedaba otra

solución. Habló al sargento, quien dispuso a sus hombres. Luego, el joven se incorporó, gritando como si se hallara al frente de toda una unidad:

—¡Adelante, muchachos!

Los askaris le siguieron, descubriéndose a los ojos de los guerreros. Sus gorros militares y sus equipos se percibían a la luz de la luna. El joven agitó el revólver en alto y avanzó, mientras el resto de la partida seguía haciendo fuego sobre el enemigo.

Aterrados ya por la sorpresa que recibieron con la primera descarga y por las bajas que sufrieron, los guerreros emprendieron la huida, alejándose por la selva.

Richard se encontraba entonces en pleno dominio de la situación. Era preciso acabar con el otro grupo.

Desplegó a sus hombres y reanudó el fuego. Los guerreros huían atemorizados por los disparos de sus perseguidores.

Libakua y Fiorsen tuvieron la misma idea. No habían ido allí para morir. Estaban decididos a salvarse. Se dejaron caer al suelo, mezclándose con los cadáveres y con los heridos que se retorcían de dolor, gimiendo.

Luego, lentamente, fueron reptando para escapar de allí sin ser alcanzados por los proyectiles. Las sombras de la noche les acogerían.

Fiorello buscaba con la mirada a su enemigo. Quería vengar a Yasmina.

Richard dio la orden de ir avanzando mientras disparaban. Los guerreros no resistirían ya mucho el ataque, pero era preciso capturar a Libakua y a Fiorsen.

De improviso, Preston exclamó:

—Por allí va un hombre blanco. ¡Es el cazador!

Richard se volvió, a tiempo de distinguir una figura donde disparaban. Los guerreros no resistirían ya mucho, pero era preciso capturar a Libakua y a Fiorsen.

Este se dirigía al río para poder escapar de allí e internarse en la selva. El mulato le persiguió con desesperación. No podía permitir que escapara, quedando sin venganza la muerte de Yasmina.

Sus ágiles piernas saltaron por encima de los desniveles del terreno, alcanzando de súbito al fugitivo. Este oyó los pasos rápidos que le seguían y advirtió que su perseguidor iba calzado. Se volvió, enarbolando el rifle, pero Fiorello cargó sobre él, arrojándole al suelo. Fiorsen perdió el rifle en la caída. Corpulento y elástico, intentó desprenderse del mulato, pero este se aferraba a él como una alimaña.

Olaf pudo ver las facciones contraídas por el odio del mulato. Las manos de este se agarrotaron sobre su cuello, ahogándole.

Olaf sintió que el aire comenzaba a faltarle en los pulmones. La vista se le velaba. Se llevó la mano derecha al cuchillo y lo esgrimió, hundiéndolo en el vientre de Fiorello. Este lanzó un gemido, pero siguió apretando, con más fuerza, con más fuerza, mientras Fiorsen le hundía el cuchillo en el vientre.

Pero el mulato, a quién se le escapaba la vida, iba apretando cada vez con más fuerza. Conforme se le escapaba la vida, las manos agarrotadas iban privando de aire al cazador. Al fin, este soltó el cuchillo y unos estertores indicaron que también él había muerto.

Richard buscó al reyezuelo. Se le reconocería por sus adornos. De dejarle escapar, nunca más iban a poder salir de allí, porque atacaría una y otra vez.

Era preciso rodear a los guerreros. Se volvió, dando la orden a los que le acompañaban. Todos se desplegaron, avanzando por entre la maleza.

Preston iba a su lado. Ambos quedaron un momento inmóviles. La batalla había concluido ya, pero era preciso capturar, o matar, a aquel reyezuelo.

Miraron ambos a la oscuridad. Los dos hombres quedaron un instante frente a frente. Edmund sonrió.

—Gracias, Maxwell, por haberme permitido acompañarles —a un gesto de sorpresa del otro, añadió—: Nunca había visto la muerte cara a cara, excepto ahora. No hice la guerra. Me incorporaron a una unidad de propaganda y daba fiestas a los soldados. El día en que nos atacó el león, quedé tan asustado que casi nos mata a Diana y a mí.

Hizo una nueva pausa. Richard se estremeció. Iba a ordenarle que callara, pero no lo hizo. Quedó silencioso, mientras Preston continuaba:

—Quizá fue la sorpresa. Pero luego, el pensar que por culpa mía Diana estuvo a punto de morir, era una de mis mayores vergüenzas. En vez de seguir en el puesto que me habían ordenado, me acerqué adonde ella se encontraba, para pedirle que se casara conmigo.

Richard se estremeció.

—¿Cómo dice?

—Fui a pedirle que se casara conmigo —repitió extrañado el actor—. Es algo que deseo fervientemente, por primera vez en mi vida. Pero ella no ha querido volver a hablar de este asunto.

Sintió Maxwell como si el corazón se le ensanchara. Deseó

regresar al campamento y estrechar a la muchacha en sus brazos, pidiéndole que le perdonara.

No sabía qué hacer y en aquel preciso instante tropezó con un cuerpo que yacía ante ellos.

Libakua, pues él era, se revolvió, intentando esgrimir el rifle. Richard desvió la boca del arma y luego descargó un golpe en el rostro del negro.

Este ahogó un gemido, al recibir el duro impacto, pero intentó incorporarse. Richard seguía aferrando el rifle y tiró de él con fuerza, apartándolo de la dirección en que apuntaba. Luego, se lanzó sobre el negro.

Edmund intentaba disparar, pero temía herir al escritor.

Este se puso en pie, para enfrentarse con el negro, pero Libakua se escurrió de nuevo.

Había perdido el rifle, pero su gigantesca figura se destacaba a la luz de la luna. Contrayendo los músculos, saltó hacia adelante, dispuesto a estrujar entre sus brazos a su enemigo. Richardladeó el cuerpo, esquivando el ataque, y luego, lanzó el puño hacia el costado de su enemigo. El golpe resonó como un cañonazo, pero Libakua volvió al ataque. Sabía Richard que era inútil golpearle en la cabeza, puesto que su forma indicaba una dureza extraordinaria.

Libakua se abalanzó sobre él, abriendo los brazos para estrujarle entre ellos, pero Richard saltó hacia adelante y hacia atrás, esquivándole continuamente. El adversario le perseguía, pero podía escapar de un momento a otro. De improviso, el joven saltó hacia adelante, uniendo las manos por detrás de la cabeza de su enemigo y tirando de ella. Al mismo tiempo, alzó la rodilla golpeándole en el rostro.

Libakua se tambaleó al tiempo que las piernas se le doblaban. Entonces, Richard le golpeó la mandíbula.

El negro se desplomó sin sentido. Maxwell se volvió hacia su compañero.

—Ayúdeme a cargarlo. Se lo daremos vivo al capitán Howard.

En el campamento, se hallaban todos inquietos, esperando el momento en que apareciesen los voluntarios. Diana, tendida en su lecho, sollozaba.

De pronto, alguien gritó:

—Ya vienen.

Se agolparon todos en la entrada, recibiendo con vítores. Richard buscó a la muchacha con la mirada. Al no verla, preguntó a Lowe:

—¿Dónde está Diana?

—Se desmayó al comenzar el ataque y está en su tienda.

Richard, sin más palabras, echó a correr. Todos le siguieron con la mirada. Edmund se mordió los labios. Se daba cuenta de que todas sus esperanzas habían terminado allí mismo.

Maxwell llegó a la tienda, a tiempo de oír cómo Diana decía:

—Moirah, están volviendo. Ves a ver si algo le ha ocurrido a Richard.

—Ya iré. No te excites.

—Si algo le pasara, me moriría.

Una oleada de ternura se apoderó del joven y entró en la tienda. La muchacha, al verle, gritó:

—¡Richard!

El joven se arrodilló a su lado, estrechándola con fuerza entre sus brazos y besándola al tiempo que decía:

—Perdona, Diana, he sido un estúpido.

Ella le miró, con los ojos iluminados de júbilo.

—¿Me quieres, verdad, amor mío? Yo sabía que era así.

—Sí, Diana, te quiero y nunca más nos separaremos.

Moirah se puso en pie, disponiéndose a salir de la tienda. Era preferible dejarles a solas. Se alegraba de que todo hubiera concluido bien.

Más tarde, todos se reunieron en la tienda de Howard. Diana y Richard, muy juntos, se acercaron a su vez. Edmund salió el primero a recibirles.

—Deseo felicitaros —dijo, tendiéndole la mano a la muchacha—. Espero que me invitéis a la boda. Por lo menos, seré amigo vuestro.

Howard añadió entonces:

—Yo también quiero felicitarle. Por su boda y por la captura de Libakua. Ha confesado todo lo que hacía falta. Ahora, podemos emprender el regreso tranquilamente.

Warner pegó un brinco.

—Hemos de rodar la película. Usted no corre peligro.

—Como gusten. Creo que hay paz en el distrito. Todo se lo debemos a usted, Maxwell.

—Tendrían que darle la Medalla del Congreso.

Larsen rompió a reír.

—Ya tiene una. La ganó en Filipinas con los Marines.

Todos se volvieron hacia él, mirándole con curiosidad. Howard dijo entonces:

—¿Por qué no me advirtió que había sido oficial?

—No lo fui. Estuve de sargento primero, pero mandé un pelotón durante algún tiempo.

Lowe comentó entonces:

—Ahora me explico algunas cosas. ¿También aprendió allí a boxear?

—Fui campeón de Yale tres años seguidos. Pero —añadió el joven— he sido muchas cosas antes de escribir guiones de cine. Fui marinero mercante y visité puertos raros. Allí me sirvió de mucho saber boxear. Luego, concluida, la guerra, fui periodista en Indochina y en Corea. También estuve en África en un safari.

Diana le miró inquieta.

—¿No sentirás deseos de marcharte cuando nos casemos?

—No, eso ha concluido para siempre.

—He tomado algunas escenas de la lucha, que serán una publicidad magnífica. Diana llegará a la cumbre de su carrera.

La muchacha sonrió, negando con la cabeza.

—Aquí acaba mi carrera. Prefiero ser simplemente Mrs. Maxwell.

FIN



*Nadie osaba atravesar
el bosque porque al
otro lado de él se al-
zaba*

LA MONTAÑA SAGRADA

y la leyenda asegura-
ba que quien mancilla-
ra con su pie aquel te-
rreno, moriría entre
espantoso sufrimientos

Esto era cuanto conocían Alicia y Robert del misterioso lugar donde había desaparecido su padre

Así se inicia la acción de

LA MONTAÑA SAGRADA

El más espectacular y apasionante relato escrito por
el famoso

ALAR BENET

que usted podrá adquirir la próxima semana en la
trepidante

COLECCION CONGO

¡No olvide nuestro consejo!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

433. — M. L. Estefanía
UN GRUPO DE LOCOS

COLECCION "BUFALO"

130. — Keith Luger
ALGUN DIA VOLVERE

COLECCION "CONGO"

24. — J. Dixon
SELVA CRUEL

COLECCION "PANTERA"

67. — M. L. Estefanía
EL INFALIBLE JESSE

COL. "SERVICIO SECRETO"

297. — Alar Benet
DEUDA SINIESTRA

COLECCION "PRACTICA"

ASTROLOGIA

A 5'50. ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

492. — Jesús Navarro
RUMBOS GENEROSOS

COLEC. "MADREPERLA"

388. — María Pilar de Molina
MEDIA NOCHE

COLECCION "ROSAURA"

322. — Corín Tellado
TIMIDEZ Y AMOR

COLECCION "AMAPOLA"

218. — G. Colomer
SUS CABELLOS ERAN
RUBIOS

COLECCION "ALONDRA"

171. — Armando Sandoval
VIDAS FRACASADAS

COLECCION "CAMELIA"

112. — Trini de Figueroa
DRAMATIO ERROR

COLECCION "ORQUIDEA"

82. — May Carré.
CAMINOS DEL DESTINO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 643 - Buenos Aires

¿Desea usted sorprender a sus amigos y destacar en fiestas y reuniones? Nada más fácil, si lee y aprende los innumerables y sensacionales



JUEGOS DE MANOS

que le ofrece la moderna y prestigiosa

COLECCION POPULAR JUEGOS DE MANOS

En las páginas de este interesantísimo volumen, hallará usted los más ingeniosos chistes y cuentos, pasatiempos diversos, juego con naipes, con cuerdas, cintas, monedas y pañuelos, sombras chinescas, física recreativa, diversiones aritméticas. Algo sobre los sueños, grafología amena, un poco de astrología, enigmas, curiosidades culturales, etc.

JUEGOS DE MANOS

¡No deje de adquirir este libro, que le permitirá brillar y destacar en sociedad!

Precio de venta: 5 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Usted no ignora que una buena dentadura constituye un factor decisivo en su personalidad. Pero le conviene también recordar que, de unos



DIENTES SANOS

depende generalmente la conservación de la salud!

DIENTES SANOS

es el título del volumen publicado ya por la famosísima

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

en su número 6, a través de cuyas páginas hallará usted los más modernos procedimientos para mantener permanentemente una bella dentadura, en una boca sana y perfecta, así como los medios para prevenir o curar el sarro, caries, piorrea y demás enfermedades bucales

DIENTES SANOS

le ofrece, además, los siguientes artículos: Curación por el sol; modo de realzar la personalidad; cómo cuidar los ojos; el carácter de los niños, etc. ¡Y otros muchos, de pasionante interés para usted! Adquiera hoy mismo este volumen, que hallará en todos los quioscos y librerías

Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 **BARCELONA**





NOVELA DE HURDLAND - ROBERT MITCHELL
FRANK SINATRA - GEORGE BRANDEGE
ROBERT CLARK - CHARLES DICKERSON

Son los protagonistas de la sensacional novela y de la adaptación cinematográfica realizada por "United Artists" y "C. B. Film" de

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson* que ha batido todos los records de venta en Estados Unidos, durante el pasado año

NO SERAS UN EXTRAÑO

Un hombre ambicioso soñaba con un ideal que difícilmente podría alcanzar. Para lograrlo sacrificó sus sentimientos y vivió encerrado en sí mismo, usando de cuantos seres ponían en él su confianza o su amor

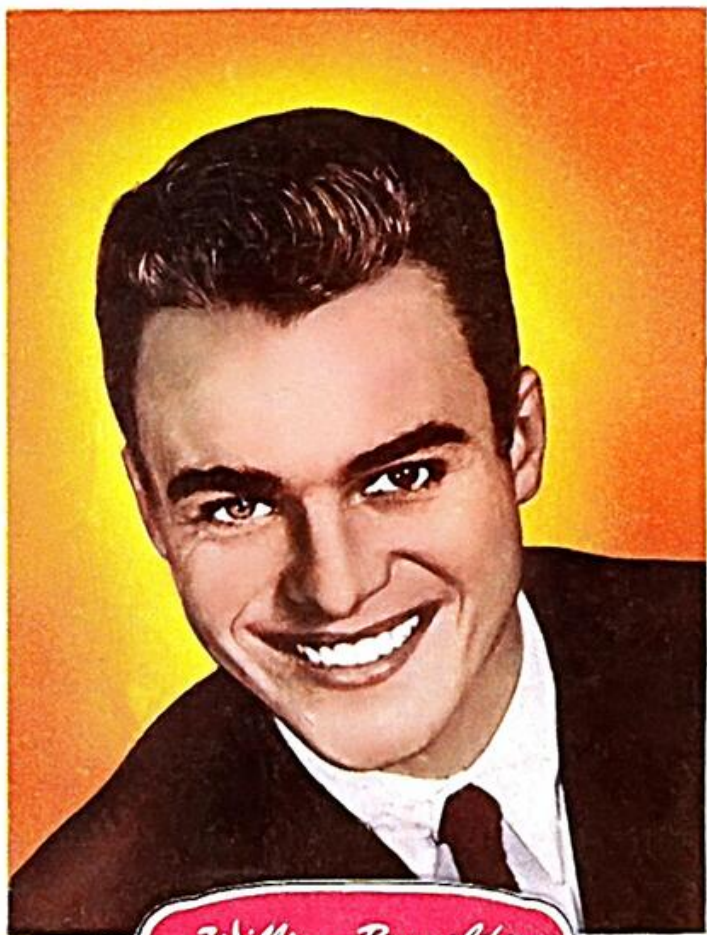
NO SERAS UN EXTRAÑO

Un nuevo y clamoroso triunfo de Editorial Bru-guera, S. A.

PRECIO 100 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBREAS

* LLUVIA DE ESTRELLAS *



William Reynolds

N.º 248

William DeClerq Reynolds es el verdadero nombre de este joven actor, nacido en Los Angeles, el 9 de diciembre de 1931. Ha interpretado "El caballero del Mississippi", "Sólo el cielo lo sabe" y "Lobos de mar".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50

[←1]

Escopetero.

[←2]

Lobos, nombre que se da en Hollywood a los conquistadores de mujeres.

León, en dialecto swahili.

Soldados Africanos.